MUERTE Y POESÍA

Roberto Arizmendi Rodríguez
Lina Margarita Zerón Porras
Compiladores

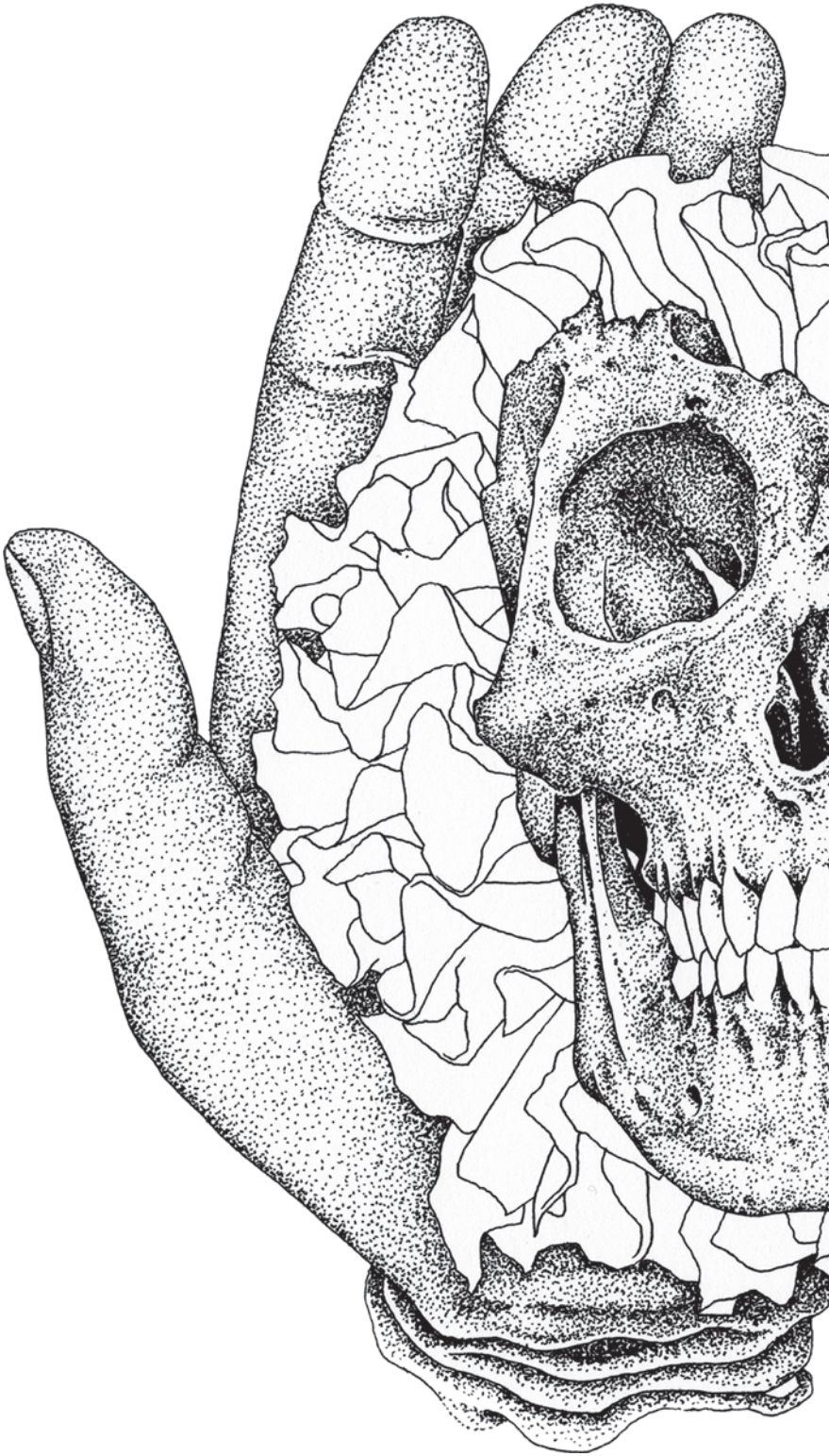
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

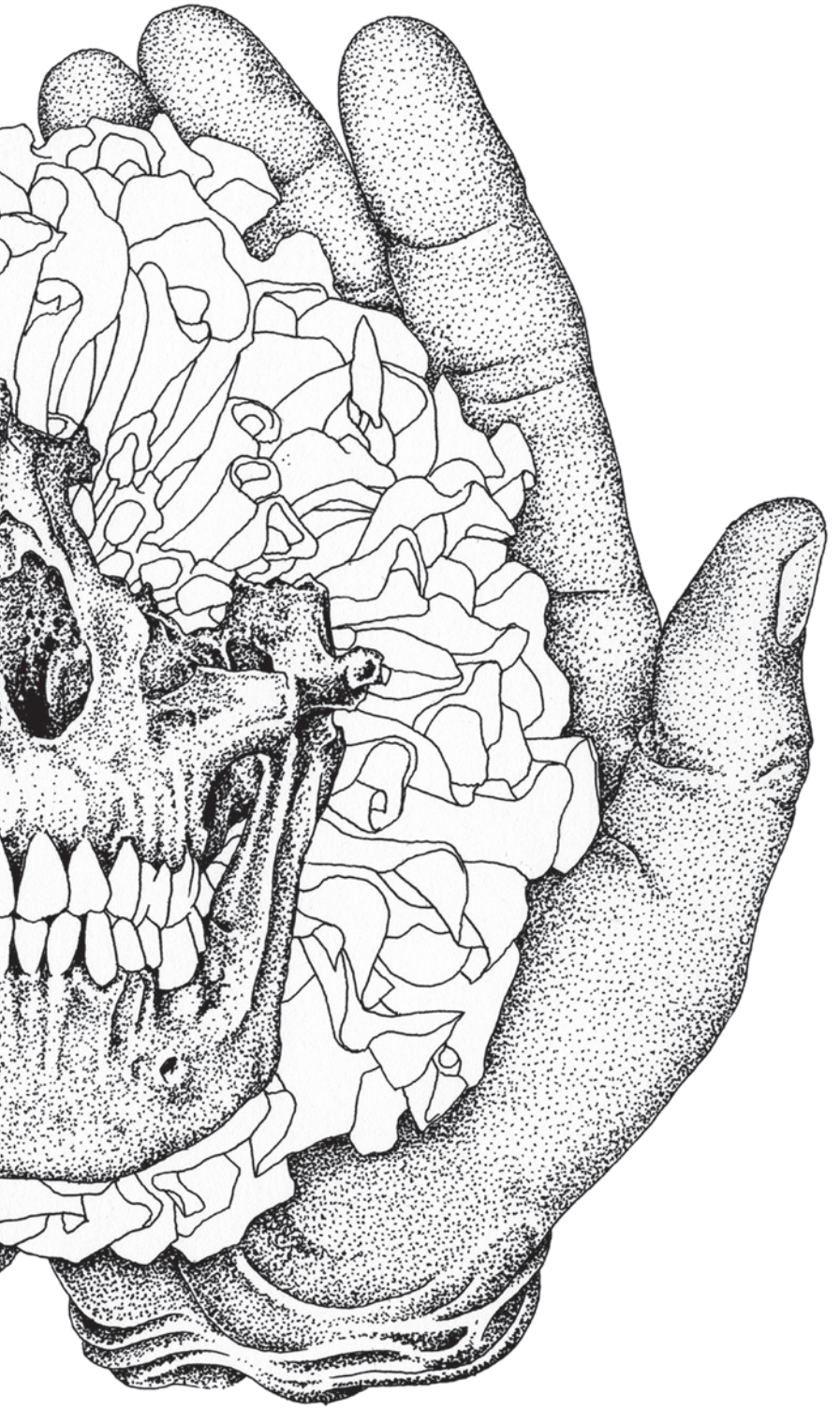
MUERTE Y POESÍA

MUERTE Y POESÍA

Roberto Arizmendi Rodríguez
Lina Margarita Zerón Porras
Compiladores

UNIVERSIDAD AUTONOMA
DE AGUASCALIENTES





MUERTE Y POESÍA

Primera edición 2015 (versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
20131 Aguascalientes, Aguascalientes. México
www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/

© Roberto Arizmendi Rodríguez
Lina Margarita Zerón Porras
Compiladores

Alejandro Urízar Cabrera
Daniel Arturo Corcuera Osores
Luisa Angélica Sherezada Vicioso Sánchez
Claribel Alegría Videz
Cristina Larco Briseño
Dolores Castro Varela
Elizabeth Cazessús González
Carlos Fabricio Estrada Baca
Jacobo Rauskin Tabakman
Javier Alvarado
Jorge Ariel Madrazo Addesso
José Alberto Acosta Polanco
José Javier Villarreal Álvarez Tostado
Juan Felipe Robledo Cadavid
Lina Margarita Zerón Porras
Lucero Balcázar
Luis Marcelo Pérez Álvarez
Mairym Cruz-Bernal
Gloria Margarita Muñoz Villalobos
María Tabares
Marina Ruiz Rodríguez
Martha Leticia Martínez de León
Norma Belkis Segades Regali
Luis Omar Lara Mendoza
Ricardo Ballón Chávez
Roberto Arizmendi Rodríguez
María del Socorro Soto Alanís
Waldo Yoel Leyva Portal
Xavier Oquendo Troncoso
Yamilé Paz Paredes

Ilustraciones: Gustavo Díaz Montañez

ISBN 978-607-8457-14-4

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	11
Alejandro Urízar	15
Arturo Corcuera	21
Chiqui Vicioso	27
Claribel Alegría	31
Cristina Larco Briseño	35
Dolores Castro	39
Elizabeth Cazessús	43
Fabricio Estrada	49
Jacobo Rauskin	55
Javier Alvarado	57
Jorge Ariel Madrazo	63
José Acosta	69
José Javier Villarreal	75
Juan Felipe Robledo	81
Lina Zerón	85
Lucero Balcázar	93
Luis Marcelo Pérez	99
Mairym Cruz-Bernal	105
Margarita Muñoz	111
María Tabares	115
Marina Ruiz	119
Martha Leticia Martínez de León	125
Norma Segades-Manías	129
Omar Lara	133
Ricardo Ballón	139
Roberto Arizmendi	145
Socorro Soto Alanís	151
Waldo Leyva	155
Xavier Oquendo	161
Yamilé Paz Paredes	167

Índice de países

Argentina	63, 129
Bolivia	139
Colombia	81, 115
Cuba	155
Chile	35, 133
Ecuador	161
El Salvador	31
Guatemala	15
Honduras	49
México	39, 43, 75, 85, 93, 111, 119, 125, 145, 151, 167
Nicaragua	31
Panamá	57
Paraguay	55
Perú	21
Puerto Rico	105
República Dominicana	27, 69
Uruguay	99

PRÓLOGO

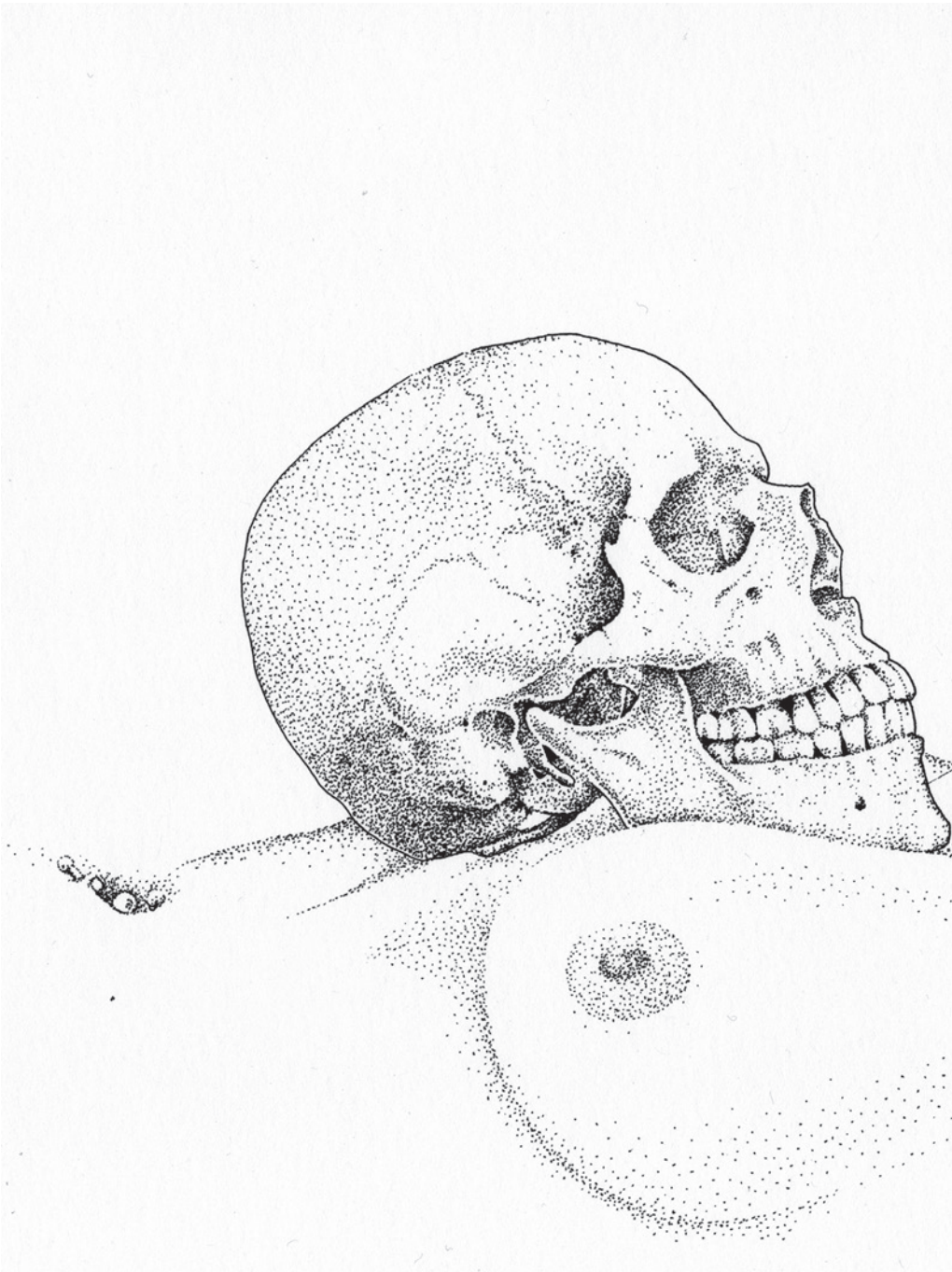
A través de sus poetas los pueblos buscan
conocerse, comprenderse.
Georges Dumahel

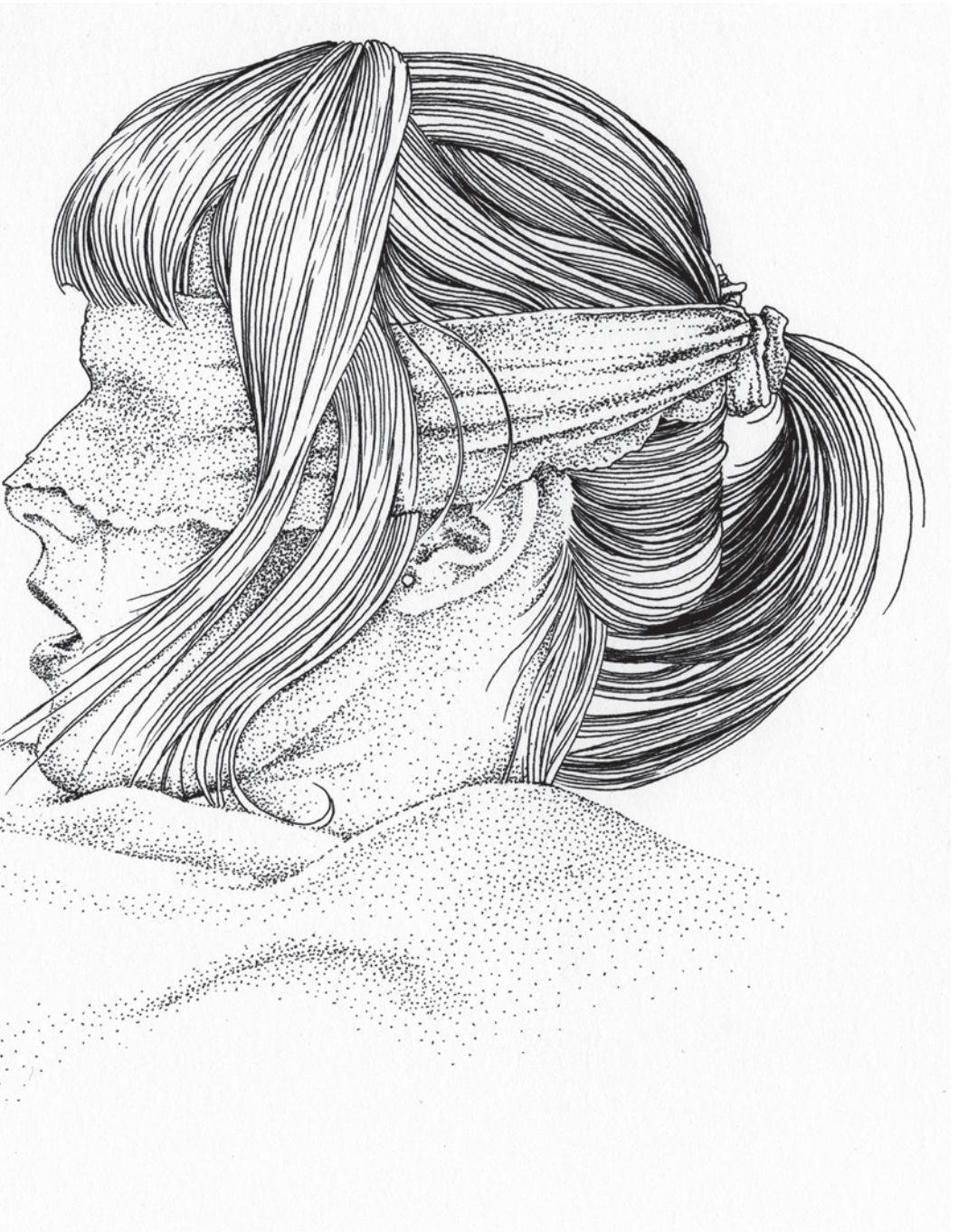
El libro que el lector tiene en sus manos es una muestra de voces diversas en torno al tema de la muerte en la poesía. Pocas veces se ha reunido en una antología a tantos poetas que hablan sobre la muerte. El hilo rojo que exigía el gran poeta alemán Goethe para que continuara el devenir del universo está aquí presente uniendo y entrelazando las sensibilidades de poetas que se confrontan con la experiencia de la muerte en cualquiera de los sentidos que se presenta.

Esta antología es de las pocas que están equilibradas en cuestión de género y número, pues se escogió a quince poetas hombres y quince poetas mujeres. La selección de poemas y poetas, así como el tema, constatan que la mujer y el hombre no están impedidos por las distancias ni por las fronteras políticas, ni enfrentados por su género; al contrario, pueden maravillarse y asombrarse del mismo encantamiento.

Asimismo, en este volumen podemos leer la poesía de poetas contemporáneos vivos, de las más diversas orientaciones estéticas y edades, el elemento común que reunió a los poetas fue la calidad de sus textos. De un lado a otro, en el libro las palabras se cruzan, se entrecruzan, tejen mundos y madejas de sueños, sensaciones sin compuertas, sin censores, sin relojes ni censura, por lo mismo, es como un concierto en un teatro lleno de amigos unidos por la poesía y el enigmático tema de la muerte. Por todo lo anterior, esperamos que esta antología sea del agrado del lector.

Lina Margarita Zerón Porras
Roberto Arizmendi Rodríguez





Alejandro Urízar

Guatemala

Bendiciones

Bendito el beso que no dimos,
que se esconde detrás de los nervios,
que allí chisporrotea, arde o permanece,
y que desde allí fecunda los besos
que sí dimos.

Bendito el verso que no escribimos,
que se añeja en los abismos de la sangre,
que allí chisporrotea, arde o humedece,
y que desde allí nos susurra los versos
que sí escribimos.

Bendita la tierra que no vivimos,
que explota en la nostalgia como universo,
que allí chisporrotea, arde o enloquece,
y que desde allí reinventa la tierra
que sí vivimos.

Bendita la muerte que no morimos,
que florece en el vientre de la vida,
que allí chisporrotea, arde o enmudece,
y que desde allí nos recuerda la muerte
que sí morimos.

Mis pasos

Camino y oigo mis pasos,
los oigo aunque haya ruido,
los oigo aunque vaya volando,
los oigo aunque no camine.

Oigo siempre mis pasos,
pasos cuando escribo,
pasos cuando penetro un adjetivo,
cuando platico oigo pasos,
sueño con mis pasos.

El día que muera
quiero oír mis pasos:
pasos partiendo, pasando,
escapando del sepelio.

Trío

Ella nunca lo supo,
pero las palabras de ellos
eran espadas semánticas,
cortaban las miradas, los latidos,
los delirios de grandeza.
A su pies caían
pedazos de hombres,
era un otoño de deseos, pieles,
versos mutilados.

Ella nunca lo supo,
quizá porque ellos lucharon
sin cuchillos, pistolas, puñetazos:
pobres combatientes literarios
arañando proezas con perfume,
arrancándole pedacitos a la vida
con las uñas de la lengua.

Ella nunca lo supo,
ellos nunca lo dijeron,
pero discutieron,
pero lucharon,
pero mataron.

Estética oblicua

Escribo
con la sangre de los poetas muertos:
vampiresco homenaje
disimulado por la costumbre.

Oda a esa manera de morir

Duele saber cambiar
y ser el mismo,
hundirse en todo para nada,
duele el abismo en el espejo.

Duele en sueño
burilado en el cuerpo de la balas,
sobre todo cuando el blanco
tiene alas y no vuela.

Duele el hambre
que no come porque el rico,
el rico que se come porque el pobre,
duele el abanico que nos ata.

Duele la nada
que con farsas nos engulle,
el tiempo pasa y el día a día mata,
duele aquel que huye sin destino.

Duele la herida
y los ungüentos del sonoro icor
un dios con ardor muere adentro,
duele morir sin renacimientos.

Ocho de abril

A mi padre

El luto no es un sentimiento,
ni un estado de ánimo,
es una forma de ser indiferente
ante la vida.

A veces el luto calla, disimula,
se esconde en las montañas de los nervios,
en las bisagras de los corazones famélicos.
Otras veces enloquece y arremete y escupe:
huracanes embriagados de humo negro
barren las esquirlas.

Hoy soy más huérfano que ayer,
confieso que nunca había pensado en eso.
Quizá todos morimos con la diaria enfermedad del sol,
quizá todos derrochamos orfandad en las esquinas.
No importa,
yo amanezco más huérfano
el ocho de abril de todos los años,
cargando de culpa al olvido.

No importa
si las hormigas han salido de su rutina o
si los viejos han atacados sus parques,
simplemente se deslizan irreverentes los minutos
mientras alguien llama desde la otra orilla,
pero la otra orilla no existe.

El camino pasa al lado,
la sobrevivencia pasa al lado,

por los agujeros del cielo se cuelan las palabras.
Las pupilas exprimidas, secas de tanta sal:
uno sólo quiere estar solo.

Hoy los suspiros sobran,
la vida sobra,
hasta la muerte sobra,
sólo la indiferencia me penetra
y me deja tan agotado…

Alejandro Urízar (Guatemala, 1978). Publicó el poemario *Ensayo sobre paradojas* en 2011 con Magna Terra en Guatemala. Participó en el Festival Latinoamericano de Poesía de Nueva York en 2013 y en el Festival Internacional de Poesía de El Salvador en 2014. Estudió Literatura Hispanoamericana en la Universidad Landívar de Guatemala. Actualmente vive Washington DC, EUA.

Arturo Corcuera

Perú

Balada de la vida y la muerte de Mamá Victoria

1

Ataviada de aretes
y collares,
aparece, triunfal, Tía Victoria.
Ella pasa por los años
sin que se atreva a lastimarla el tiempo.
Por ella no pasan los años,
han aprendido a respetarla.
¡No podemos tardar,
nos espera con la mesa tendida!

Ella sabe que la llamamos madre
cuando le decimos ¡Tía Victoria!
¡Cuánta Victoria en una sola tía!

En un confín de duelos y quebrantos
qué dichosa se siente la familia
celebrando su única Victoria.

2

Nada.
Ni el asedio perverso de las sombras
pudo doblegar tu juventud,
incólume, permaneció tu rostro
que no pudieron mancillar los dedos
huesudos y amarillos de la muerte.

Permaneciste hermosa y sabia
hasta el final en las horas difíciles,
después de haber cumplido un siglo,
que no es poco,
en este planeta que se deteriora.

Qué orfandad la del sillón vacío, la del pastel
humeando en la cocina, pálido.
Ya nunca más la mesa puesta
tendrá el mismo sabor
ni podrán curar los guisos el desgano del paladar.

Te ha de llorar la luna, tan lívida,
tan noche.
Te ha de llorar el mar.
Tu mar de Salaverry
que en agua dulce convertiste la sal amarga.

Qué manera de transformar en hijos
la marea de nietos, bisnietos y sobrinos.
No se cómo pudo tanto amor caber en tu corazón.
En qué pecho ahora se acurrucará la pena,
qué vaso de agua calmará nuestra sed.
Con los ojos cerrados, desde tan lejos
amparándonos,
continuarás velando nuestros pasos,
colmándonos de buenas vibraciones la vida.
Más que Tía, fuiste Mamá Victoria.
Victoria de la armonía, Victoria de la belleza,
Victoria de la generosidad.

Fuiste para nosotros la salud, el aire, el sol,
sembraste bondades y semillas en tus macetas,

Madre Suero, Madre Oxígeno, Madre Transfusión
de energías en nuestros cuerpos débiles.
Mamá Victoria en todas las situaciones siempre.
Hasta que un día oscuro y frío
desairando la lentitud de Alerta Médica,
te subiste al Tren que moraba en tus sueños
y enrumbaste a la Luz, vencedora de la muerte.

Desafío a la Muerte

Te llamo a gritos, Muerte. No respondes;
te maldigo, te injurio, te sofoco;
te ofendo a cada rato como un loco,
y más te hiero cuanto más te escondes.

Me atisbas de reojo, no te acercas;
temes mi juventud; quiero noquearte,
morder tu calavera, deshuesarte,
pero te niegas a boxear, te entercas.

Con tu frío ven, mátame, Terrible;
te reto sin embargo te recluyes,
ocultando tu espectro que es horrible.

Quiero lidiar contigo a ver si huyes,
a ver si eres mortal o invencible,
si te destruyo, Muerte, o me destruyes.

Balada de la última ofrenda

Me niego a que se pudran estas venas
por las que mis padres y otros míos
navegan viniendo desde tan lejos;
no quiero ese final para estos ojos
con los que miro y lloro;
para estos pies

que beben andando sobre la tierra
la sed de los caminos;
no se volverán carroña, merienda
de gusanos, este cerebro
ni este corazón cuando yazgan sin irrigación, inmóviles;
nacieron mis brazos para abrazar. Llegará el día
de abrazarse, incinerad lo que quede de este cuerpo.
No sabe hacer otra cosa que arder,
ése es su destino,
ése será el incienso que ofrendaré a los dioses.

Antigua balada de la vida es sueño

Viví en otra vida que en nieblas recuerdo,
borrascas perversas que en ellas me pierdo.

Retorno a los días de mañanas mustias,
ardores, zozobras de mañanas mustias.

Vi entre quimeras caminos que anduve
solo y replegado como en una nube.

Asoma una dama, me llama y me besa.
Te estoy esperando –me dice– ¡regresa!

Presa de ansiedades, en un giro brusco,
me advierte: si tardas, me enfado y te busco.

De pronto despierto... con candor risueño,
junto a mí la dama que he visto en mi sueño.
Me turba y me tienta... verla me estremece,
intento apañarla y desaparece.

En mis desvaríos, desde la otra vida,
vuelve por las noches la desconocida.

Con rígidos brazos y la carne fría,
cálidas caricias la amada fingía.

Trama algo, me digo... mas la infiel me engaña.
Oculta en las mantas guarda una guadaña.

Arturo Corcuera (Perú, 1935). Ha publicado más de 20 libros, entre ellos, *Primavera triunfante*, *Noé delirante*, *Las sirenas y las estaciones*, *Poesía de clase*, *Puente de los suspiros*, *La gran jugada*, *Puerto de la memoria* (reúne *Prosa de juglar*, *Vidalas para mi sombra*, *Voces y vientos*, *La dama de Ampato* y *Puerto de la memoria*), *Sonetos del viejo amador*, *El bazar de los letreros*, *Para juegos y A bordo del arca*. Premios: Nacional de Poesía, Atlántida en España, Casa de las Américas en Cuba, Trieste en Italia y de la Crítica en Chile.

Chiqui Vicioso

República Dominicana

Todos ustedes pasan

Camino hacia ninguna parte
antes la vida era un andar a ciegas
ustedes estaban ahí, a la espera
y sonreían.

Toda la juventud una prisa
abarcadora avidez, el amor
espasmo muscular, sed de piel
estrujada en las sábanas
y otras suavidades.

Euforia sensorial
olor a mango y calabazas horneadas
a helado de vainilla derritiéndose
sobre la crujiente torta
de manzanas.

Picasso y Goya
Gritando otras realidades
una comentando sobre técnicas
y combinaciones del blanco, negro y gris

el dolor ajeno una gama
de colores neutros
la vida
los girasoles de Van Gogh.

Para cada sensación
para cada avidez
para cada búsqueda un color
mi madre, el lila
mi último amor
el cegador destello del mamey
Beethoven siempre azul, los azules.

Y todos ustedes pasando
un soplo, fugaz cierta imagen
en el espejo, atribuida
a la miopía de esos años
en la universidad, la oficina, el Partido.

Ustedes,
cierto frío inesperado
cierto erizamiento de la piel
una inexplicable desazón
en medio de la aparente inmortalidad
de esos años.

Una irresuelta limitación
a destiempo, o a tiempo
un sostenido dolor por las ausencias
un agradecimiento creciente
por todo lo que vive y respira
y se manifiesta
por la mirada que nos atraviesa
oteando más allá, quizás
En búsqueda de otra mirada
de un gesto que recuerde
que nos recuerde.

Ataúd andante,
Somos.

Ustedes ya no pasan
son el empujón que avanza
que nos avanza
que nos avisa.

Madre, ¿estás ahí?

Luisa Angélica Sherezada Vicioso, Chiqui (República Dominicana). Ha escrito cinco poemarios. Autora de varias obras de teatro, libros de ensayos y obras sobre capacitación. Escribe regularmente columnas periodísticas. Recibió el Premio Casandra, la Medalla al Mérito a la Mujer en 1992, el Premio Anacaona de Literatura, y el ingreso a la Orden de Don Quijote, de la Sociedad Nacional Hispánica, Sigma Delta Pi.

Claribel Alegría

El Salvador - Nicaragua

Saudade

Quisiera creer
que te veré otra vez
que nuestro amor
florecerá de nuevo
quizá seas un átomo de luz
quizá apenas existan tus cenizas
quizá vuelvas
y yo seré cenizas
un átomo de luz
o estaré lejana.
No volverá a repetirse
nuestro amor.

Rito incumplido

A mi madre

Dicen que la muerte es solitaria
que nos morimos solos
aunque estemos rodeados de aquellos que nos aman

pero tú me llamaste
y yo no estuve:
no te cerré los ojos
no te besé la frente
no te ayudé a pasar
al otro lado
estuve lejos
lejos de ti que me alumbraste
me nutriste
educaste mis alas.
No cumplí con el rito
estuve lejos
lejos
y ese es el sollozo que me arrebata en olas
en cúpulas
en grutas
y no puede salir
y me persigue en sueños
y me ahoga.
Perdóname/libérame
necesito aullar
batir tambores
un golpe en la cerviz
un estallido
para arrancar de cuajo este sollozo
y no invocarte más
en desolados
versos.

De sandías y puentes

Ya me cansa tu muerte.
Quiero olvidarla ahora
y recordar lo otro.
Lo importante es tu tránsito
el proceso,
los anillos que enlazan
la cadena,
ese arco ya tenso,

consumado,
que yo recorro a veces,
cuando me punza el miedo
de falsearte el rostro.
Tu vida quiero ahora.
Tu muerte fue el asombro,
el desgarrón,
el adiós prematuro.
Tu vida
y no tu muerte:
el puente que tendiste
hora tras hora
(¿recuerdas aquel día de calor
cuando los dos como ladrones
compartimos la única sandía?)
con pequeños tablones que te ayudé a clavar
y grandes intersticios
que no sé.
Es un fierro la muerte,
un filo ensangrentado
segando a la redonda,
un pajarraco absurdo
que me ensucia el recuerdo.
Tu vida y no tu muerte:
tu rostro aquella tarde
cuando llegaste humeando de alegría
y alzándola en vilo
le anunciaste a mi madre
que ahora sí,
que ya es seguro,
que le salvé la pierna
a José Eduardo.
Te revivo en tu ayer
en nuestro ayer
y el tiempo no existe
y tú me estás velando
y son míos tus pasos:
los que anduvimos juntos
y los otros,
los que al final,
mientras rodeábamos tu lecho
ibas marcando solo.

Cada pisada tuya retumbaba,
nos hacía temblar.

Y al llegar al límite,
porque tú sabías que era el límite,
volviste hacia nosotros
tu mirada
y desapareciste en la neblina.

Salí a buscarte

Salí a buscarte
atravesé valles
y montañas
surqué mares lejanos
le pregunté a las nubes
y el viento
inútil todo
inútil
dentro de mí estabas.

Claribel Alegría (El Salvador-Nicaragua, 1924). A pesar de ser novelista y cuentista, se considera en primer lugar poeta. Con su pluma, ha retratado muchos acontecimientos íntimos e históricos a lo largo de su vida y nunca ha dejado de alzar su voz ante las injusticias sociales. Su obra ha sido traducida a 14 idiomas y ha obtenido varios reconocimientos, entre ellos el Neustdat International Prize for Literature. Con más de veinte libros publicados, ha recibido innumerables premios en diferentes países.

Cristina Larco Briseño

Chile

Certeza

La tierra me tiembla nuevamente
Respiro el aliento indino
Un hombre arrodillado
destila entre mis huesos los metales

Cordillera
Altar de cíclicos tormentos
(La muerte siempre viene en caravanas)
Bocanada e infierno
escucho los pasos de las bestias
En el chiflón oscuro de los mares
Me dijeron se llamaba grisú
Raíz de cobre del cerro de Indio Muerto
Matriz celeste ofrenda de los dioses
que nada tienen de padre
Aquí suele llamarse turquesa

Hay otras latitudes escondidas en la América que amo
Una sola cintura Una médula espinal
También una certeza: El Ande
Oruga que guarda en sus pliegues el prontuario de la ira

La tierra con cada tronadura me tiembla
de bruces la araño la siento sangre
entre la mía la encuentro áspera en mi boca
La tierra-páramo Fosa común Infinita fosa
congela el grito Se abre con cánticos de pala
De súbito Despierto
dormida en el huaco de los muertos

Indio muerto: Cerro de extracción de cobre ubicado en el mineral de El Salvador, Atacama; en el período incaico fue una mina de turquesas, han sido encontradas momias y vestigios de una cultura prehispánica. Pasa por allí también el camino del inca.
Grisú (El chiflón del diablo): Gas causante de muertes y explosiones en los minerales de carbón de Lota, en el sur de Chile.
Huaco: Vasijas funerarias.

Sucederá en el agua

Dijo:
Sucederá en el agua del maray
Espejo reflejo de verdades idas
Sagrado molino
Aquí confluyen planetas Está escrito
Los dioses estamparon hace siglos
en la piedra socavada tu secreto

Me lo contó un anciano Yatiri
Me lo contó porque sabía
ver luces en la sombra de las aguas
La noche fulgía negra como el ojo del huanaco
La noche en la elipse del maray
develaba futuros al calor de la llareta

Cada cual tiene su tiempo Me dijo
Cada uno el astro designado por los padres
Has de escuchar sus voces en el viento
Entonces sólo entonces levitarás el sueño de los vivos

Fulgía en el ojo negro la noche Y el agua del maray
Puso su mano en mi frente
Puso su mano en mi boca
Puso su mano en mi pecho
En la mirada oblicua del yatiri
vi caer una luciérnaga en el espejo reflejo
Asida de su mano abrirse mis compuertas
Voces astros Constelaciones

Y vi en la celestial pared del agua
la morada del lirio Amancay Huasi
Cercana transparente
el titilar de la estrella
en donde me verás cuando la muerte

Maray: Piedra grande ahuecada para moler maíz o minerales, usada también por los antiguos habitantes de Atacama, como pequeño centro astronómico, se dibujaban elipses y al llenarse de agua reflejaba la trayectoria de los astros. La leyenda cuenta que existe una noche en que se puede ver la estrella a donde iremos después de muertos.
Yatiri: Sabio, maestro y guía de los pueblos andinos.
Amancay: Lirio.
Huasi: Hogar.

Suicidio

En el punto de nunca retorno
me mece el lecho del sueño

Adiós escaleras y tropiezos
el arquero descargó
sus certeras flechas

Los cuerpos celestes
sin luz propia
traspasan el viento
de las eras

y una multitud de
peces rojos
se me escapan de las venas.

Cristina Larco Briseño (Atacama, Chile). Participación literaria en Chile, México, Argentina, Uruguay, Perú, España, Ecuador y Cuba. Publicaciones: *Mil versos para potrerillos*, *Es la tierra la que habla* y diversas antologías nacionales e internacionales. Integrante de la Sociedad de Escritores de Chile, PEN Chile y Narradores y poetas en Córdoba, Argentina. Premio Beca a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura de Chile.

Dolores Castro

México

VI

Era la ira su forma de ser muerte
y la vida con ella
loco juego de sangre:
en el trato humano choque de sombras
estruendo de materias divididas.

La muda ostentación de los instintos,
al acechar,
y el comprar y vender,
vender, venderse,
acción de cada día.

Era la muerte su escudo y su lanza,
la sombra de su color,
y la terrosa ilusión de ser hombres
su condición.

VII

La filiación en Dios
no se reconocía:
ay, cómo en ese tráfico de aceros,
inmisericordes
en el roce son sus semejantes:

ensamblados como ruedas dentadas de una máquina
enloquecida.

Las ruedas duermen sobre sus órbitas:
silban sin sueños mientras giran
los días y las noches dentro del tórax
sin alterar el ritmo de la sangre
sin despertar a un solo
corazón amante.

VIII

Es verdad que se aloja en alguna parte,
en la más recóndita, resguardada de aires y de olvidos.

No sé delimitarlo,
sólo sentirlo.

En el sobresalto sueño está presente:
en lo negro del párpado cerrado
y en mi futuro cierto.

Un delgado cabello la separa del placer
y consume
como cucharadita de nieve
cualquier excelsitud en su cumbre más alta.

¿Quién se atreve con ella?
Sólo el amor hasta el último aliento.
Sólo el amor su resta sobrepasa.

IX

No es una sola muerte,
es la muerte con mil máscaras distintas:
a la vuelta del día,
en lo mejor de la noche,
a la mitad de la vida.
mi mano tiene muerte,
el polvo de sus alas entre mis dedos
el recuerda que está viva.

X

No hay hilo que conduzca a la salida
del laberinto.
Al compás de nuestros pasos
arrastramos
cadenas de necesidad.

¿Qué nos queda?

Volver sobre lo mismo,
o en el profundo sueño
de hormigas aferradas
a la naranja
que se traslada y gira,
penetrar
al único hechizo de cada noche
y el prodigio de cada día,
despertar.

XI

Esto de separar los tiempos,
las distancias o dividirlos:

¿En dónde está esa tarde?
cielo lluvioso contemplado
desde el ablandamiento del alma,
desde el temblor del cuerpo que recibo
el peso doloroso
de la felicidad.

El brillo de las gotas de la lluvia
no más intenso que las miradas
ni menos húmedo
ni mejor.

Aquella tarde no se encuentra
en el corazón,
sino en la hondura

más honda que la carne,
la distancia o el tiempo.
Tarde que nunca anochecerá.

XII

Si se pudiera esta noche
con el aliento deshacer el frío,
a dentelladas romper el hielo.

Desterrar el invierno,
si se pudiera
dentro y fuera de sí vencer el caos,
encender la música
hasta incendiar el cielo
en un desesperado intento
de amar.

Dolores Castro (Aguascalientes, México, 1923). Licenciada en Derecho y maestra en literatura española; ha sido profesora en la Universidad Iberoamericana y en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Fundadora de Radio UNAM. Fungió como jefa de redacción de las revistas *Barcos de Papel* y *Poesía de América*. Cuenta con una veintena de libros y un sinfín de reconocimientos. Merecedora de varios homenajes en México y el extranjero.

Elizabeth Cazessús

México

No es mentira este paraíso

Entre el pensamiento y el acto, cae la sombra.
T. S. Eliot

Cuerpo de palabras, háblame, desemboca tu voz esta noche
Haz que caigan pétalos entre la bruma
ofrece a la noche los siete mares, las doce lunas
los cantos más antiguos
Háblame de los cirios en el desierto
de la onda acuática que se desvanece en tu corazón:
presagio de tempestades, anuncio de la sombra
Deshila tus palabras líquidas y mira las gotas
caer en la arena, anda con tus zapatos de tela
y tu cordón almidonado
Háblame hasta inundar de letras y sueños
lo que no pudo ser en tu propia celda:
órganos convulsionados, llanto sin lágrimas
rabias contenidas
esa tristeza hueca que sólo conocen los cuerpos
de palabras
Háblame de tus linderos y caminos andados
de las piedras que encontraste con su carnalidad transgredida
de su materia en estallido, su lado oscuro
resaca del tiempo desconocido donde estuviste

Háblame con tu voz frente al espejo
despliega la remota luz como si tuvieras las alas de un ángel
ve con tu lengua sedienta a la primera página

Nacido de lo intangible, de lo que pudo ser y no es
vuelve a tu naturaleza de ofidio
y renuncia a lo que no dijeron las palabras

No es mentira este paraíso, ni mentira el sabor de lo perdido

Tal sea la palabra y el destino
Recoge de tu casa lo que queda
nunca olvides la crisálida donde se eleva el dulce sueño de la muerte

Desata entre la hierba los conjuros que transiten
las horas por tus células como una resurrección,
un nacimiento a lo insospechado
y entonces vuelve

Hunde tus raíces, animal encendido bajo esa última luz
que se precipita por tus dedos al vacío.

Mujer esqueleto

Sólo huesos tengo para rescatar la memoria de tus brazos
Dame la sal y la pasión que destilan tus lágrimas
Aligérame el paso desgarbado por la sed en que he vivido
En la oscuridad no se distinguen los peldaños ni los giros de la luna
He gravitado callada para no perderme en el bullicio de otras voces
Como sonámbula deambulo con la canción del silencio
sin olvidar la órbita concéntrica en que se mueven los planetas
alrededor de tus ojos que describen la caligrafía del milagro.

Enigma II

El tiempo robado cobra la factura de las horas luz
El enigma bautiza de orfandad a los amantes
los deja solos temblando en su mentira
Se asoma el miedo a enunciar con burla el descenso del sol
El dolor pasa atravesando siglos de incomprensión
los amantes callan en medio de la soledad que los rodea
sus lágrimas alimentan ríos entre sus venas
Perdidos buscan otros labios para beber la ración de muerte que les toca.

Los ahogados

Los ahogados tiemblan
se les escapa el agua delirante de sus letras
humedecen la memoria en sus ojos.

Los ahogados mueren por vivir
beben del mar espejismos del pasado
Caen en los acantilados del suspiro.

Los ahogados anidan el relato
de una voz indescriptible
eclosión en lágrimas: la pasión.

Los ahogados intuyen que pueden perderse
Asientan sus raíces en la rada
Viven la escurrida muerte de las náyades.

Los ahogados laten con su melancolía
Naufragan sobre los maderos de su invalidez
Anidan en huecas caracolas el sueño del deseo.

Desde la niebla

I

Finco en las piedras el mineral de mis huesos
Soy un cuerpo raptado por el sueño
El tiempo reposa entre los rincones de una tierra sembrada por el escarnio
y el impulso voraz de la avaricia
Esta ciudad inaprensible y rota me ha vestido con sus lenguas muertas
Nazco, comadrona, como una niña enamorada del olvido.

II

Arqueóloga de mí misma voy con pala y rastrillo
Escarbo la ciénega y los muladares Un callejón sin salida es un desafío:
la primera piedra, el hierro consumado la ropa sucia y húmeda de sangre
el primer esqueleto unos cuantos libros viejos en el altar derrumbado
lágrimas petrificadas por el viento sobre la estepa del desierto
Esta tierra invadida por el silencio grita sus escaldadas ruinas:
hay en cada vestigio un alma una voz en la catástrofe
un derrumbe por cada historia robada un temblor con su fuerza incalculable y sorda.

III

Afuera la ciudad aúlla con su lengua de fuego llueven cenizas del cielo
El ideal se hace conjuro entre las esporas de la inercia
Unas cuantas letras a deshoras incuban el camino más breve a la locura
El suspiro evoca lo inexistente

Es vano intento contener en el aire lo inaprensible
En vuelo destila el odre un universo sin paraíso.

Elizabeth Cazessús. Es autora de nueve libros de poesía: *Ritual y canto*, 1994; *Veinte Apuntes antes de Dormir,* 1995; *Mujer de Sal*, 2000*; Huella en el agua*, 2001*; Casa del sueño*, 2006, *Razones de la dama infiel*, 2008; *No es mentira este paraíso*, CECUT/CONACULTA. 2009, *Enediana*, Editorial Giglico, 2010; *Hijas de la Ira*, Nódulo Editorial, 2013. Coordina Tijuana Dossier Cultural, de *El Sol de Tijuana*.

Fabricio Estrada

Honduras

De inversos paralelos

Domino los gritos,
aclimato las horas a mi silencio.

Arranco ladrillos y me los trago,
tal vez con ellos construya
el alma que necesito para la vida.
Hago preguntas,
preguntas que refutan la existencia
de las cosas
y aprisionan al necio
que sobrevive en mis poros.

Busco razones,
el gran símbolo profético:
la espada o la roca
el número o la letra,
Dios o el hombre.

No hacen falta las primeras luces
para saber que los días regresan,
explicar el por qué hice esto o aquello,
el por qué ahora arde
la creación en mis yemas.

No hace falta en la noche
el suave goteo de la luna,
sino
un dolor
o la eterna espera que los sueños
me revelen la muerte.

(de *Sextos de lluvia*, 1998)

Poema que la muerte espera

Nada es para siempre,
aceptémoslo,
lo eterno se inventa
para no vernos acabados.

Nada dura más tiempo
que una vida;
sólo las aves creen
que el planeta es infinito
sin imaginar que su vuelo
es inferior al de los astros
y que éstos, a la vez,
un día se opacan
y surcan vacíos el silencio
como el corazón de un hombre
que ha dejado de amar.

Por ello, cuando sé
que el amor es el primero en morir,
no dejo de sentir una extraña alegría,
saco una silla al patio
y entre las flores,
dejo a los gatos atrapar
y matar mariposas
en su juego.

(de *Poemas contra el miedo*, 2001)

La eternidad es un largo aburrimiento

El inmortal corre peligro. Se aburre. Rotos los sellos no hay secretos en el mundo. Las sorpresas terminan, la vida se muestra igual como era en el principio: apenas unos cuantos grados cayó el sol en el firmamento y ya la luna vuelve con pompas y viejos rituales a reclamar un cielo vacío y emprender de nuevo la última persecución a las estrellas.

Pocas cosas llaman su atención: un niño transparente que mira el cielo y luego sonríe, la ruptura del cascarón terrestre y el nacimiento atolondrado de la criatura espacial, el posterior olvido, el lejano punto en que se irá convirtiendo el planeta, sus más orgullosas montañas, los verticales ríos que hacen del valle un mar e inundan el oscuro recinto donde yace el fugaz despojo del hombre.

Mientras tanto, oscurece. El inmortal sueña la muerte. Un escalofrío lo obliga a encender la fogata del televisor.

(de *Solares*, 2004)

Campanas para un ángel

Cuando era un ángel
las campanas sonaban más alegres,
la naftalina flotaba en el aire
y un velo blanco adornaba en la prisa
el altar con flores del patio
y jarrones prestados.

Aquel niño muerto
no tenía foto para su vela,
ni anécdota, ni sobrenombre,
era un ángel, nada más,
un soplo de polen que vagaba hacia los ojos
para hacerlos llorar.

Acompañarlo traía buena suerte,
soñarlo, dinero...
Bastaba un hombro para cargarlo
y nueve meses bien amados para olvidarlo.

Cuando un ángel moría,
los niños jugábamos al entierro
sembrando cigarras bajo el mango.

(de *Poemas de onda corta*, 2009)

Correo para un amigo

Heber, ayer
un pobre hombre fue muerto a tiros
mientras comía una naranja.
Yo no vi su agonía
sin embargo, cada mañana
he podido ver el redondo lugar
que dejó al caer.

Sobre él, dos niños juegan al trompo
y apuestan y discuten,
enrollan el cáñamo y lo sueltan
con un largo ademán de dioses creando.
Las horas se llenan de zumbidos
de voces difusas
que el pequeño tornado de madera
esparce junto al polvo.

Cada mañana
este hombre renace, Heber,
puedo asegurártelo.
lo he reconocido en su corta alegría
y por la sencilla forma
en que se detiene
cayendo sobre un costado.

(de *Solares*, 2004)

15

Al menos estamos muertos, y no sentimos el enjambre de balas que zumban en nuestras heridas. Muchas veces, se meten por la comisura de los labios como tábanos esplendidos, licúan plomo y epidermis, y luego, saciadas hasta el asco, salen disparadas hacia el sol.

Todos los cuerpos tienen colonias de balas bullendo entre sus huesos. Por la noches se multiplican, rotan silenciosas en los túneles, se sacan chispas unas con otras.

Una bala es una palabra impaciente. Su impacto desencadena crónicas brutales que van aglomerándose en el papel hasta ser estrujadas por la multitud, vueltas bolas inmensas, noria siniestra, nuevo santuario para el panal vibrante. Una bala supera las sentencias de cualquier filósofo o profeta. Precisa. Encuadra. La perfecta y última palabra.

(de *Blancas piranhas*, 2011)

Fabricio Estrada (Sabanagrande, Francisco Morazán, Honduras, octubre, 1974). Poeta y promotor cultural. Tiene publicados los poemarios *Sextos de Lluvia,* 1998; *Poemas contra el miedo,* 2001; *Solares,* 2004; *Imposible un Ángel* (antología), 2005; *Poemas de Onda Corta,* 2009; *Blancas Piranhas,* 2011; *Sur del mediodía,* 2013; Su obra aparece en varias antologías de poesía publicadas en diferentes países.

Jacobo Rauskin

Paraguay

La fiesta bajo los árboles

Corría el viento, caían las hojas, descendía la oscuridad y, con ella, la sombra de una mujer se acercaba a la fiesta bajo los árboles. Acuérdate del hombre que tocaba el acordeón, tenía una cicatriz en la frente, sonreía, pero era como si llorase. Tú, que apenas tienes memoria para decir de quién es un rostro en la penumbra, acuérdate de quienes te miraban, de quienes aún te miran desde esta página.

Corría el viento, se acercaba la lluvia, la tormenta era tema de pronóstico, mientras uno hablaba de cómo perdió un brazo y otro decía cualquier cosa con tal de contarnos algo de su vida. A pesar de la oscuridad y la cercanía de la tormenta, la gente hablaba y comía y bebía, algunos iban cerrando los ojos como queriendo entrar de una vez en la siesta.

Acuérdate del hombre que tocaba el acordeón. En un momento, cesó la música, y eran más los que tenían sueño y les importaba muy poco la fuerza del viento. Quedaron dormidos, tendidos sobre la hierba. Las hojas y las flores arrancadas por la tormenta terminaron por cubrir a los durmientes.

Acuérdate, ninguno despertó, ninguno de los que estuvieron entonces en aquella fiesta bajo los árboles tiene hoy otro lugar en el mundo que esta página. Yo la escribo para que los recuerdes, la escribo para que los ojos enterrados en la memoria te miren.

Cortometraje africano

Era una niña que no había visto jamás un elefante, no había visto otros animales que los perros de su aldea. Era alegre, era querida y jamás dejó de decir una palabra afectuosa a quienquiera que necesitara oírla de labios infantiles. Una noche, la nena enfermó, nadie supo de qué. Fiebre no tenía, no le dolía la cabeza, no le dolían las piernas. Murió en cuestión de horas y la enterraron a la tarde del día siguiente. Después hicieron una canción para recordarla y alguien escribió un libro al que llamó *El cielo sabrá por qué*, contando la historia que ahora refiero. Gustó la canción, gustó el libro. Con el correr del tiempo, a la canción le robaron el nombre de la niña muerta y el libro se agotó.

Muchos años después, alguien devolvió a la canción el nombre de la pequeña y una sociedad sin fines de hurto editó de nuevo el libro. Sólo así volvió a ser conocida la historia de aquella niña y, entonces, se pudo filmar África en el corazón, el cortometraje del que da noticia esta página.

(de *La rosa encendida,* 2014)

Jacobo Rauskin (Villarrica, Paraguay, 1941). Su obra poética abarca más de veinte títulos. Su *Poesía reunida* va por la tercera edición. Es miembro de la Academia Paraguaya de la Lengua Española. Ejerció la docencia en la Universidad Católica de Asunción. Se le concedió en 2007 el Premio Nacional de Literatura.

Javier Alvarado

Panamá

Enterradero de El Ciprián

En este enterradero todos tenemos epitafio
Una oscura canción que nos persigue desde el pasado hasta el presente
Como una guirnalda de pobres vegetales,
Estos muertos que me habitan a veces, que tanto cargo
Que corrijo en sus posturas, en sus gestos, en sus hábitos,
Que corren detrás de mí como el niño tras el llanto amargo del agua
Se van navegando junto a mi sangre
Como se va escapando el invierno en su fragata.

¿A dónde se fue quedando el ropaje de nuestros primeros abuelos
Y el disfraz de loca y pordiosera de mi abuela
Con su legajo estival después de pasar por los chamuscados
Telares del viento, si eso dicen que la locura entra por el aire
A su viento, donde todos hemos de ir con el primer himno o la campanada
Terrena de esta suerte, de ser huérfano en la luz,
En la territorialidad y en el polvo?

¿A dónde está ella y el cruel abuelo
Que fue dispersando sus hijos por la tierra
(Vitervo, Bredio, Janeth)

Como las cuentas prófugas de un collar
Que halamos con la rabia del tiempo, con esa sacudida
De los animales que vuelven del espasmo
Cuando la noche se posa sobre nosotros
Como un gigantesco amaranto o como un pulpo
Que se ha sacado partituras con el orgasmo pétreo de su tinta?

Oh, mis primeros muertos que el chubasco del invierno
Me trae en desordenadas imágenes
Donde se contemplan el bestiario de las musas
Si no he podido contemplar la levadura de sus huesos
¿Dónde está su tumba, abuela inmemorial de maíz y greda
Marcaria Espinoza la que se fue sin ataúd
Sólo con la mortaja de llanto de sus hijos ausentes
En su humildad y en su locura?

Nosotros abandonaremos estos cuerpos, habitaremos estas burbujas
Que el invierno escupe.
Habrá tumbas desde el cielo a la fragata,
Nos hospedaremos en tu casa y seremos todos tan reales y desconocidos.
Éste es tu enterradero de El Ciprián, donde todos tendremos epitafio.

Los huesos del tren

Acaso, dijiste,
haya travesías por realizar en soledad
Hans Van de Waarsenburg

Ése es el final, soltar el cordel y dar paso a las otras vidas,
Rayar en los espejos esos soplos de felicidad, esas lenguas que conjuran al rocío,
Esa agua que cambia, ese espejo disonante, ese bosque
Que bosteza y se marcha y abre los manglares
Con sus dotes; ese mar que desdibujamos con la tentación de las islas
Y que ya no volverá a existir, ahora que nadamos en exceso.

Ya podrás recordar ese Camino Real y ese Camino de Cruces
Cuando tomes un tren en suelo extranjero, cuando colmes las hojas
Y haya una nostalgia de árbol trepando un sueño dentro de otro sueño
Donde te sentirás más lejos, donde titubearás ante ese núcleo solitario
Ante esa desbandada de los que se conceden la automiseria,
La humillación de la música.
¿A dónde fueron a parar los huesos?
¿A dónde están los cráneos de aquellos obreros que excavaron Panamá
Y hallaron esa vez los minerales de la muerte?
¿A dónde están sus cadáveres y esqueletos conservados
Que nadie reclamó y que fueron a dar a la punta del escalpelo,
a los recuerdos deforestados de la casa
A las escuelas de medicina donde las autopsias son un recuerdo monorrimo?
¿A dónde todo el dolor y la aventura de ese tren retórico? Yo tomo una tibia y me voy a acurrucar en las piernas de mi madre y en las piernas de mi madre hay ese mismo sonido, esa misma música del hueso, ese hueso maternal y paternal de los rieles y de los durmientes que salen a acosarme, ese llanto del guayacán a oscuras, del tren que intermedia la noche, donde encontramos esa estación del miedo y del trópico bisbiseante; ese jadeo de los astros y de la ropa como letreros
ahogados: Gorgona, Gamboa y Blas Obispo,
La Línea, Ahorca Lagarto, Gatún, Bujio, Barbacoas, Matachin, y Summit,
Donde aún perduran la majestuosidad del hueso y la prontitud ajena del
cardumen,
¿A dónde esta el llanto de los personajes y personajas de los pueblos perdidos?
¿A dónde este rayo de ser y el lugar que deconstruye?
Es inmediata la tarea de recolectar los huesos, esos huesos que principian
Los demonios y los ángeles que amamos,
Esos huesos carcomidos por el amor y el sexo
Y por las sandías que roemos con furia (aproximándonos a una temporada de marcha,
a un fuego de estación).

Mientras mordemos la sandía con José Manuel Luna y escupimos
las semillas
A Jack Oliver (que cae por el exceso de la bebida y vuelve a ser
una soga más abandonada en el puerto)
Y la historia sigue sedienta
Como esa interminable tajada de sandía
Que sigue engordando,
Como la muerte en los huesos.

La muerte y su barco

La muerte regresa a tientas con su barco
Escupe sus negros esclavos, sus piezas de mercadería
Regresa desde los sueños en forma de galeón o de canoa
Es en nosotros que vive con su llanto sumergido

A veces me pregunto a quién llaman mis padres
Desde la senilidad con sus tantas voces;
Por qué se repiten mis abuelos en los mismos hábitos
De hablar con la nada
O de esparcir sus fotografías
En el garabato de la niebla?

Aún no se esconden las cosas presentes y los veo
Jugar con los nietos, que permanecerán cantando para siempre
Cuando hay brea sobre estos puertos
O gaviotas confusas que se posan en los mástiles y en las cuerdas
A diatribar con los gallotes.

No hay más misterios nivelados que observar el mar
Y su llanto sumergido,
Esos dioses gemebundos
Que bostezan despacio o que se llenan la boca con fabulaciones
De foca o de ballena.

Es este miedo a respirar las sales que ya conozco
A visitar esos puertos donde se quedó mi cuerpo de tritón
O de almirante,
Escribir los mismos poemas

Que circularon con las estrellas de la espuma, o recordar
Esa balada que va en la boca de los longorongos
Que gritan sus orgasmos repletos de fiebre;

Vegetar en mi espejo que se vuelve un caracol henchido
O una furia oceánica que se repite como un triste maremoto.

Por eso atestiguo el recolectar con mi caña de pescar estas imágenes.
Estas verdades que tiemblan y se agitan en el fondo
De todas las nadas como peces que resguardan la tranquilidad del aire
O como burbujas secas que se quedan vacilando
En mis manos como medusas.

La muerte me llevará a todos los puertos
E irá doblando mis pantalones y mis restos de equipaje.

Seré más oscuro o luminoso cuando recorra
Las huestes y las epopeyas de otros mares, seré joven o viejo
O quizás oblicuo como todo resplandor que nace.
A veces creo que cada día
La muerte nos prepara para entrar en su barco.

Javier Alvarado (Panamá, 1982). Su obra ha sido reconocida nacional e internacionalmente. Ha recibido el Premio Nacional de Poesía Joven de Panamá en cuatro ocasiones. Premio de Poesía Pablo Neruda 2004, Mención de Honor del Premio Casa de las Américas de Cuba 2010, Premio Centroamericano Rogelio Sinán 2011, Premio Internacional de Poesía Rubén Darío de Nicaragua 2011 y Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén 2012. Finalista del Festival de la Lira (Ecuador). Cuenta con doce poemarios.

Jorge Ariel Madrazo

Argentina

En esta noche que aún no existe
(acaso vaya
a suceder mañana)
desde
el callejón malamente iluminado
por
una única, jadeante,
intranquila luz

desde un hueco del tiempo
tapizado de truenos
avanzan, uno a
uno,
lerdos, distrayéndose
por cualquier bobada,
parecidos a párvulos:
tus muertos.

Créense, tus muertitos,
tan vivientes
¿Cómo avisarles
del error?

Tía Teresa, anciana, enciende
dorado velador de opalina,
radio vecina esparce su
espectral teatro del aire y

Madre niña empeñada en bordar
aquella erguida, alerta garza en
punto cruz
Y estará al caer, con la balanza
que llamabas "romana"
el turco, gran visir de vidrios y
botellas.
Y Padre aún no regresó de ese enigma:
la "oficina"

Vuelven a la carrera Maya, Selva,
compañeras
15 años abrazándote en ideal en
amor en rojas llamaradas en
el ejército del Ebro que
una tarde el río cruzó
ay, Carmela y ay y
el cantar sube la cuesta

Pero ¿por qué
está de pronto todo
tan silencioso
hoy? ¿Tan
borrosa la consabida
huella?
¿Y nadie te responde?
¿Y todos los mayores
faltaron hoy
a clase, en esta

rara noche
que (quién sabe)
ocurrirá mañana?

*

…

En los últimos tiempos,
ésos del pre-morir,
él llevaba una boina marrón
escondedora del cabello amarillento y
en exceso largo, quizás
(no lo sé)

En los últimos tiempos sus pasos
temblorosos de gorrión y la cuchilla
de hielo del viento, al extraerlo
mas luego de aquella ambulancia, en la
camilla del mal presentimiento en el
playón desolado bajo la noche
negra y terminal
¡y el chofer nos reprochaba por el frío!

En los últimos tiempos, ésos del pre-morir
traía mi hermano el alma replegada
—sobrio bandoneón— y en la mirada
el ulular de alarma del barco
hundido en la batalla
y manaba de su pecho la leche del que sabe
dejar,
dulce y calladito,
su silla en la escena del mundo.

*

Anoche visité amigos muertos.
Descansan, quién diría, todo su no-tiempo
en jardines cuyos ramos cobijan poemas
y citrus de ignota acidez. Los descubrí

trajeados y alegres, tanto que me hallé
confesando: —No hubiera jamás creído
Edgar, Francisco, Antonio,
jamás pensé
Gianni, Joaquín, Enrique, Alberto,
Horacio, Celia, hallarlos tan contentos
como si fuese un suspirito vuestro
transcurrir.

Conversamos sobre bares y dragones,
sobre amores frutecidos en hoteles y
parques con dedos de niebla. Mateando,
sonreídos, me despidieron con un fulgor
que no olvidaré.

Se escondía en sus miradas el color de una
verdad. Y había en sus labios
una revelación.

(*A Edgar Bayley, Francisco Madariaga, Antonio Aliberti, Gianni Siccardi, Joaquín Giannuzzi, Enrique Puccia, Enrique Molina, Alberto Vanasco, Horacio Castillo, Celia Gourinski*)

*

Aquella lumbre por lienzos
opacada, de un evanescente resplandor rubí
—por favor, compréndanlo, les hablo
no de alegre ventana, y sí de otra
enfrentada a mi espionaje vergonzante,
donde ya mismo tal vez algún enfermo
sin un átomo de fuerzas, ejecute
la agonía que ni alcanzó a ensayar—
en esa roja luminaria o dormitorio
tan irreal como el apenumbrado
declinar de alguna turbia frente

¿no seré yo acaso el desolado huésped
que allí muere y la agüita se escapa de sus
ojos en tanto aquí, no lejos, con lógico estupor,
desde mi balcón yo lo espío y me espío
y me aferro a mi silla con pálidos nudillos
y me siento tan sano en esta blanca noche?

*

Quien lo observara caminar y quien
el merengue danzar (bien recto el torso,
a su fémina ornando dulce alcurnia),
quien por forniques lo juzgara un sátiro

—algo venido a menos, reconócelo—
o lo acompañe en tragos verdiazules
donde amistad escarcha sus blasones
no diría —ese quien— que él es un otro
mal abrigado en fingidor pellejo
deshaciéndose en gajos a ojos vista
alistado a morir por vez primera.

Jorge Ariel Madrazo (Buenos Aires, Argentina 1931). Su obra se conforma por una docena de poemarios y dos libros de cuentos, más *Quarks (microficciones)*, la novela *Gardel se fue a la guerra*, y ensayos *Breve historia del bolero* y *El Anticristo*. Inéditos: *Cantiga para ella* y la antología *Algunas escenas del mundo* (en prensa, Ediciones La Cabra, México). Primer Premio en obra literaria Gobierno Ciudad de Buenos Aires. Invitado a numerosos Festivales internacionales.

José Acosta

República Dominicana

Mi abuelo murió cuando yo nací

MI ABUELO MURIÓ CUANDO YO NACÍ. ALGUNA PARED
divide su tiempo del mío. Cuando cerró los ojos
yo los abría al mundo. Mientras él se marchaba
mirando atrás las huellas de su vida, yo llegaba
iniciando sin él la continuación del camino.
Pero hay una región donde estamos juntos, un
territorio limpio donde jugamos con la misma
edad, cómplices de sonrisas, en la nube de sol
de un corazón de mujer.
De allí él jamás partirá, de allí no me marcharé.

La promesa

Perseguimos siempre al que seremos,
al que es más allá, al que nuestro deseo
construye dichoso
después de esta luz terrible del presente.

Y lo vemos allá lejano cumpliendo
la promesa de ser nosotros mismos.

Muchas veces sentado frente al sol amado;
pero siempre de espaldas a este camino
que hemos venido tomando.

Sin futuro porque toda la plenitud del tiempo
le acompaña.

Sabemos todas las mañanas que hoy no
seremos él. Y al final,
al nosotros morir, le vemos volver el rostro,
allá, distante, como diciéndonos adiós.

Y de repente

Y de repente encontrar en mi memoria
el misterio de una puerta
que una vez no quise abrir.
Trasponerla y descubrir del otro lado
el otro destino que nunca tomé.
Verme, entonces, bajo la lluvia
de una ciudad desconocida
ignorando el amor de este perro
que silencioso sigue tras de mí.
Y sentir en mi inconsciente que esta calle
me conoce, y que, tras otra puerta que ahora
me detiene frente a sí, pueden estar
los objetos amados de otra casa mía
o el espanto de hallar de nuevo
la realidad del lugar donde siempre
he permanecido.

Siempre he temido

Siempre he temido que este puente se
desprenda. Que de repente se precipiten
de mi cuerpo la sonrisa, la mirada
y el abrazo. Que vaya todo lo que
me habita a parar en el vacío.
Que yo sólo sea algo roto, un escombro
de todo lo vivido, un artefacto disperso
en la dimensión de la carne.
Siempre he temido que estos cimientos
cedan a tanto polvo acumulado,
que estas vigas se corroan con
tanto querernos; que esta calle
que somos, por donde pasa a veces
desnudo nuestro amor, de pronto
sucumba y se desplome junto a todo
lo que siempre nos olvida
en la memoria.

Encerrados

El universo resuena como llovizna
sobre el agua,
imperceptible como el susurro de un árbol al crecer.
Estamos encerrados en una dimensión oscura;
la noche es la sombra de una pared lejana;
Dios vive del otro lado.
No te has preguntado ¿a quién le ladran
los perros?
¿Qué ven que tú no puedes descubrir con tu linterna?
Es al sonido de la eternidad,
al espacio que tú sólo conoces en sueños
y crees irreal.
Es a él mismo a quien el perro le ladra,
al ladrido que rebota al colisionar con la noche
y regresa irreconocible.

Es a ti a quien le ladran los perros,
a tu presencia que por tus pensamientos se desborda
llenando la Tierra de murmullos.

La estela que te borra

ABAJO ESTÁ EL PORTÓN, TEMBLANDO AÚN, COMO
si acabaras de pasar, como si el viento
que te sigue lo empujara de un lado
a otro de la tierra.
Tu largo cargamento de espíritu, alas
y todos los sonidos que riegas por
la tierra como una enorme caravana de
bueyes. ¿En qué luz te adentras, te escondes?
El portón, mujer, aún tiembla como
dejando pasar todo lo que fuiste.

Lejos

HOY QUIERO ESTAR LEJOS DE LAS COSAS
que me dicen que yo existo.
Lejos de mis ojos por donde entró
gritando el color del universo.
Lejos de mi rostro, mi memoria,
de mis pies que me alcanzan.
Hoy quiero ser el otro
el que observa, escondido en la nada,
cómo se va muriendo el hombre.

Permanencia

Estoy aquí sentado y pienso que dentro de unos minutos
estaré del otro lado de la puerta, en la calle,
olvidando al que desde este lugar
me pensó en su futuro.
Estoy tan vivo ahora, tan lleno de presente,
que de mi cuerpo cuelga todo el porvenir.
Sé que moriré un poco más allá de este momento,
por eso me lanzo desde aquí hacia la vida
como de un trampolín,
y me sumerjo en el que seré al salir de este sitio,
en el sendero que tendré que pisar,
en el más allá que late ahí afuera, donde todo me espera.
Me levanto, abro la puerta,
y antes de partir vuelvo el rostro para ver
a aquel de mí que vivirá para siempre.

Capítulo Uno. 1.1.

Cuando mueras, se morirá contigo el mundo. Ya no habrá luz en las ventanas ni volverá a florecer el puñal del asesino. Por el portal del patio, como una ráfaga de viento, entrará el futuro para decirte adiós. Yo veré, al pie de tu agonía, cómo se desaparecen mis manos, y el rotundo modo en que nuestra habitación se va yendo, pedazo a pedazo, hacia el olvido. Como si limpiaran el polvo del espejo, así borrarán, quién sabe quién, las estrellas del cielo. Y al final, cuando tu muerte se lo lleve todo, quedará flotando en el universo, como un planeta, tu deseo de existir.

Capítulo Dos. 1.1.

Señor, no me dejes envejecer en Nueva York. Haz que esta pared tan noble, donde apoyan los heridos la sombra de su alma antes de caer vencidos, ruede hacia el fondo del cielo, cerca del sol, para que yo pueda ver la ciudad de mi infancia. Haz que algo de sal ocurra en mis venas, algo de cuchillo en mi silencio, algo de soledad en mis entrañas huecas de tanto mirar los edificios con sus ventanas humanas empañadas de reflejos, con su castigo inocente de cerraduras, con su suicida cayendo eternamente como una fruta agotada. Señor, yo no pertenezco a este invierno, a este ruido espantoso de cosas que se alejan, a este rostro que siempre llega tarde a la dicha. No, no me dejes morir en Nueva York.

José Acosta (República Dominicana, 1964). Poeta, narrador y comunicador social. En 1994 su primer poemario *Territorios extraños* recibió el Premio Nacional de Poesía Salomé Ureña. En 1997 obtuvo el Premio Internacional de Poesía Odón Betanzos Palacios de Nueva York con la obra *Destrucciones*. Su poemario *El evangelio según la Muerte* obtuvo en 2003 el Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén, de México.

José Javier Villarreal

México

Totentaz

Estaba dormido cuando me avisaron de mi muerte;
yo me incorporé y fui hasta la ventana,
quería saber si el horizonte seguía allí,
si la fuente, el árbol,
las hojas en el patio,
el ruido de la lluvia…
Todo seguía allí, nada había cambiado
a pesar que mi muerte me era confirmada,
a pesar que ya no estaba durmiendo en mi cama.
Todos estaban allí bajo el cobijo de la luna.
Sólo tú faltabas.

Definamos las cosas:

estoy triste, muy triste
y mi tristeza se me sube al cuello de la camisa
y hace que ésta me quede grande,
tan grande que desaparezco en su interior.
Pero mi tristeza no desaparece,
no se va a contemplar a los ángeles a la orilla del estanque,

no saca a pasear a mi perra por las plazas de mi colonia;
no, tampoco toma mi auto y decide desaparecer por un rato,
poner el celular en buzón
y ser ilocalizable por horas y horas.
Mi tristeza es tímida y no se va con cualquiera,
no se inscribe en cursos que puedan distraer su atención,
no planea viajes de fin de semana
que rompan la monotonía de sus días.
Creo que ni siquiera ha contemplado la posibilidad de tomar una terapia.
Mi tristeza es callada, ensimismada y predecible,
gusta de pasear por los mismos lugares,
de salir o entrar a determinadas horas,
de seguir una rutina,
de vestirse con los mismos tonos,
de tomar los mismos alimentos,
de beber el mismo tequila
aunque haya mejores y más baratos.
Tiene una dieta particular,
pero a veces se olvida de comer,
de ciertas fechas aunque depende de su agenda
y de un estricto horario de trabajo.
Mi tristeza va y viene, pero por lo general se siente más
cuando viene;
sabe atajos y gusta de ir en línea recta,
sabe dónde estacionar el auto, dónde comprar su refresco
y en qué determinado lugar tomar el sol.
Mi tristeza es friolenta, yo no;
por eso siempre me pide que apague el clima
o la deje envolverse entre las sábanas;
después se queda quieta, tendida de espaldas con los ojos cerrados,
no habla, no se mueve, sólo suspira;
yo la veo también en silencio, luego veo el techo,
la lámpara, y cierro los ojos.
Mi tristeza tiene gran poder sobre mí,
me he dado cuenta que dependo de ella,
que siempre está conmigo
cuando me baño, me seco, o me lavo los dientes;
a veces logro escaparme en algún sueño,
pero esto es sólo momentáneo,
ocurre muy pocas veces y por tiempos muy breves.
Ahora mi tristeza –como ya señalé– se ha instalado

en el cuello de mi camisa,
ésta se ha vuelto tan grande
que me he perdido en su interior.
Mi tristeza es como un gato;
un gato que no se ve, pero se siente.
Mi tristeza es el ronroneo que escucho
cuando apago el clima,
toco las sábanas,
veo el techo, la lámpara,
y abro los ojos.

Un paso
y el agua comienza a mojar tus pies;
otro
y el bosque te cubre.
Lo que haya quedado atrás
ha de ser lo único que habrá de perderse.

No sabíamos,
no queríamos saber.
Era un hecho
que la temperatura había cambiado;
el tráfico, más ligero,
pero la ciudad era la misma,
el mismo aire,
las mismas calles.
Sin embargo,
había que conducir con cuidado,
fijar la atención en esas rutas de siempre
que, siendo las rutas de siempre,
nos presentaban como a extraños,
como a espíritus ajenos
a todo eso que, hasta el día de ayer,
nos daba cuerpo
que reflejaba su sombra
sobre las cosas de este mundo.

Estoy viendo una silla
pero pensando en un perro.
Pareciera que afuera el viento se hubiese calmado
ahora que estoy viendo una silla
pero pensando en un perro.
Las asociaciones se me dan con cierta facilidad,
incluso al escribirlas logro imprimirles
cierto metro melódico
que las hace pasar como versos;
hay que tener cuidado –lo dijo Paz,
recordando a Villaurrutia–
de no confundir la inspiración con el facilismo
ahora que estoy viendo una silla
pero pensando en un perro.
El problema que me presentan siempre
las asociaciones
viene después
cuando tengo que interpretarlas;
es entonces cuando dejo de pensar en un perro
y sólo veo una silla, una silla,
donde tú no estás.

No había ningún plan;
sólo mis dedos
al contacto de los tuyos.

El tractor sigue su marcha
bajo un cielo más grande y más expuesto.

¿Con cuántos palos se construye una canoa?

La frase está muerta porque no es mi lengua, porque
no me pertenece, porque se borra en la palma de mi mano,
porque no tiene mi credencial de elector,
porque se trata, lo sé, del cuadro que pintó
Pasternak de Rilke; pero pese a su calidad
el modelo estaba muerto, el pan
acedo y la regadera sin agua.
Pero, ¿con cuántos palos se construye una canoa?
Seguimos en lo muerto porque no
hay expresión, porque no la tiene y el cuadro
está ahí pese a la enfermedad,
a lo delgado de la piel, a lo pronunciado del hueso.
¿Con cuántos huesos se construye una canoa?
Porque el cadáver está ahí
musitando esa frase
bajo el chorro del agua:
¿Con cuántos palos se construye una canoa?

Imaginar un fuego

que condene a la noche a ser eterna
–tan larga–
que el día se desconcierte.

José Javier Villarreal (Tecate, Baja California, 1959). Libros publicados de poesía: *Estatua sumergida*, *Mar del Norte*, *La procesión*, *Portuaria*, *Bíblica*, *Fábula*, *La santa* y *Campo Alaska*. Como ensayista: *Los fantasmas de la pasión*, *El oro de los siglos*, *Por una nueva anunciación* y *Las penas del guardador de rebaños. Tras la huella del Polifemo*. Premios: Ángela Figuera, Premio de Poesía Aguascalientes, Premio a las Artes de la UANL y el Barbón de Oro. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte desde 2006.

Juan Felipe Robledo

Colombia

Aguardando la muerte

Ha vivido sin dirección por años,
sólo lo impulsa el extraño deseo
que todo lo transforma y lo confunde.
El tiempo en el que está, en el que ha sido,
ese privilegiado hogar para asesinos,
lo envuelve de miseria, espantos, duelos.
A su lado otros cercados corazones
pasean sin dejarle otra cosa
que un desesperanzado toque de color
o una voz disuelta en la alharaca de otras voces,
o un dibujo en una servilleta caída,
o un cuchillo lleno de muescas
(sucio e inservible) o una estampilla
para una carta que nunca se escribió.

Ha vivido sin dirección por años,
no ha detenido nunca la marcha,
trastabillando a cada paso,
pervirtiendo la íntima historia
con balbuceos de borracho
y excusas tontas y alegrías nimias.

Correr en la brisa parece su sino
pero la brisa se detiene ahora
en sus cabellos, recordándole
la corta estancia bajo el cielo,
los plazos y el ímpetu perdidos.
No halla grandeza en el fin,
sólo desdicha y oscura caída.
Hay miedo en sus pupilas,
se le traban en la garganta sollozos
y sabe que, en verdad, es un cobarde.
¿Por qué nadie le dio el óbolo,
la moneda de plata para el cansado barquero,
el valor de cruzar sin volver la mirada?

No escribiré un testamento

No habrá cajas funerales que entorpezcan la tarde,
cardúmenes de ballenas no despedirán el túmulo de mi olvido.
Hace tiempo pensaba que las cosas habrían de ser luminoso encanto,
pero la hierba y el jardín de los domingos están revueltos.
En los pies adoloridos se hospeda la cansada vida
y el acero puede atravesar la dermis sin hacerla sangrar.
Los lentos e imprecisos momentos que fui malgastando
no van a cambiar a nadie. Abrazamos el día
y en él nos refugiamos, condenando el tedio que se nos cuela.
¡Qué bueno será dejarse ver cerca del río,
en la corriente descubrir el sitio de lo imprevisto,
el apalancado dominio de la muerte en la brisa,
y que el oso parco nos pesque como a salmones torpes!

Juan Felipe Robledo (Medellín, Colombia, 1968). Poeta y profesor de literatura en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Autor de más de diez libros, entre ellos *De mañana*, *La música de las horas*, *El don de la renuncia*, *Luz en lo alto* y *Dibujando un mapa en la noche*. Ha publicado antologías de la obra de poetas españoles del Siglo de Oro, el Romancero español, de poetas colombianos y de Rubén Darío, así como artículos y ensayos sobre poesía y narrativa. Premios recibidos: Internacional de Poesía Jaime Sabines del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas en 1999 y Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura de Colombia en 2001.

Lina Zerón

México

Letra muerta

No encuentro la palabra consuelo
no hay texto que la defina
ni lectura que funcione de bálsamo
para desterrar el dolor del papel en blanco.

Me aflige la ausencia de ensueño
la ansiedad de las letras despeinadas
gritando por salir cada mañana
y pintar con metafóricos versos
la pantalla de cristal.

¿Será que hoy tengo flojera de quitarle la ropa al deseo?
¿La capacidad para leer a un poeta surrealista?
O defender con fiereza al planeta
o el valor para pelearme contra la injusticia.

Hoy moriré en los brazos del fastidio
tal vez mañana logre vencer el ocio
y pueda escribir algún nuevo poema.

Lo que nunca

Algo me pasa
me duelen las tripas
me arden los labios
se muere el ansia
por decir los sin decires.

¿Soy yo la que escribe a diario?
¿Serán mis manos o las de otra que me plagia?
No recapacito lo que digo
la utopía corre como viento
y se queda en el remolino del desgano.

Se esconden las palabras en los libros
no puedo encontrar lo que busco;
tal vez se agotó la cosecha de ideas,
feneció la fantasía que me ocupa
o ¿estoy desamorada de algún amor?

A lo mejor me he escondido siempre
tras los sentimientos que nunca escribo.

Autopsia

Me olvidas, amor, me olvidas
y este amor que siento
es más fuerte que un grito de ambulancia,
se esparce como sangre en la camilla,
revive al muerto del quirófano
y cual botella de oxígeno
lo mal usas, lo agotas, lo dejas escapar.

Me olvidas, amor, me olvidas
mientras yo me debato con la muerte

suplicando al médico arranque
de mi corazón tu nombre,
lo extraiga junto al silencio que dejaste
y lo muestre al público asistente
en la sala de emergencias.

Me matas, amor, me matas,
me tienes congelada sobre la terrible plancha,
inmolada de frío cual amoratado cadáver,
a punto de ser descuartizado
para que los doctores de la ausencia
giren la rueda de la autopsia
y declaren que fallecí de amor.

Nada debo

He repasado mis pecados
desde que tengo memoria
hasta el día que empecé a vivir sin prisa,
y desconozco el porqué tanto castigo;
yo entera soy vestigios de otra hembra,
con la que ahora no me identifico.

Cada noche le pregunto a Dios, –¡Qué te debo!–

Lo que sea, cóbrame de otra forma,
mantén sin dolores mi cadera,
restaura la gastada vista de mis ojos,
o devuélveme la energía de los treinta,
que no sienta que el tiempo me sigue devorando,
y que el reloj cese de marcar la última hora.

El cuerpo al alma le pregunta si la ha ofendido,
pero enérgica responde:
“ni son los pecados, ni fue la prisa
nada debes, nada estás pagando,
es el miedo a no valerte por ti misma”

soy rebelde fragata…
hundiéndose
lentamente
en el agua.

Cristal impuro

Que nadie te esculpa en sus entrañas
que nadie te anide entre sus muslos
ni se atragante con tu río;
que nadie compre tu verbo
que nadie vuelva a verte
o a mirarse en tus pupilas.

Rómpete de una vez por todas,
que no quede ni un trozo de tu dura porcelana,
hazte cenizas tú,
cristal impuro.

Petrifícate en el centro de un peñasco.
No vuelvas a reconstruirte.

Que se aleje el recuerdo
de tus punzantes labios en mis labios,
de tu sombra copulando con mi sombra,
antes que yo en mil pedazos me convierta
o como hielo derretido me funda
otra vez, entre tus brazos.

Muere, muere lentamente frente a mí.

Déjalos que hablen

Del color que sean,
déjalos que hablen.
Que hablen rojos o azules,

verdes o canarios.
¿Qué saben ellos de mí
salvo que soy un cuerpo?

Déjalos que de mí coman
que me pudra entre sus dientes,
que sirva de alimento a esta banda
de gusanos que se adherirán
a mi piel cuando por fin descanse.

¿Qué saben ellos de mí,
salvo que soy un dócil cuerpo?

Carbón ardiente

Borrarme de la tierra es pretensión inútil.
Ni la fiebre que arrasa por las noches
ni los gritos que exprime de mi cuerpo
ni todo su veneno devorándome el vientre,
iracundo dolor que acecha.

Me niego a ser un gusano más del césped
o un trozo de carbón ardiente,
repleto cráneo de aserrín.

No soy polvo que vuelve al polvo
ni inútil obituario en los periódicos.

Soy más fuerte que las células nefastas
que se reproducen a diario.

Soy agua que arrasa los caminos,
turbulencia de duna en el desierto.

Conmigo no podrá la muerte.

Al borde de los suspiros

Estoy agotada de vivir al borde de los suspiros,
se extinguió el cielo blanco de nubes
que protegía nuestros besos,
no somos más dos anónimos amantes
viviendo un invisible romance.
Urge despedirnos.

Tus labios se han cerrado como bares en madrugada,
tu risa ya no cae como hielos sobre vasos plenos
y las promesas de amor
no son más que un par de copas sucias
y es entonces que el dolor enardece mi alma.

Duermo sobre el horizonte
y recuerdo tus manos en las tinieblas de mi piel
y sufro,
e invento pecados,
torturas de amor con máscaras y látigos
y vuelvo a ser aquella generosa tierra
–donde tocas florezco–
Me odio por amarte
por añorar tus húmedos labios,
acudo al recuerdo de tu sexo,
y caigo muerta sobre la cama
por las escaleras muerta ruedo,
vago por los senderos muerta
al mar muerto llego
y muerta me quedo en el fondo del océano.

¿Para qué amarte tanto?
muchos años perfumé tu cuerpo,
mil astillas quité de tu alma
y desterré febriles lluvias de tus ojos.

Cuánta lluvia ha caído desde aquella vez
que caminamos al muelle del olvido.

Hoy una brizna de niebla duerme en tus ojos
destruyendo la noche en la eternidad de mis sueños.

Lina Zerón (México, D.F. 1959). Cuenta con 16 libros de poesía, uno de cuentos, y cuenta con 6 novelas. Periodista y promotora cultural. Directora de Linajes Editores y Pluma y Café. Ha sido traducida a más de doce idiomas. La Sociedad de Escritores de China le otorgó una Residencia de Autor por tres meses en Shanghai, en el año 2013. Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de Tumbes Perú, 2007. Mujer del Año 2002 en el Estado de México. Vocal de la Academia de Extensión y Difusión de la Cultura en la Facultad de Estudios Superiores Zaragoza de la UNAM.

Lucero Balcázar

México

*M*adre

Vuelve a hablar madre
Cuéntame esas cosas
De brujas y nahuales
Las mismas que en la revolución
Le contaban a tu Tata
        Anda
Canta el arrullo
Que le gusta a tu nieto.

Chinchiriñeco, chinchiriñeco

Mató a su muñeco
¿Y por qué lo mató?
Porque estaba culeco

Mira ya se duerme
Le gusta tu voz-grillo
Y tus manos veladoras
No pares madre
Toma sus deditos
Y colócalos en tu corazón-Árbol.

Con semillas de sombra
¿Te arrimo el pan-puerco
para que cures su empacho?
No cierres los ojos madre
¿Te sobo las manos frías?
Qué se lleven tu cuerpo
Pero déjame aquí tus manos mías…
Sabias de herbolaria
Déjame desenterrarlas madre
Para que cures mi locura…

Oficio de fuego

En la oficina del infierno de las palabras estoy ahora
Haciendo antesala
Dibujando en una computadora
Y No sé vivir en este paréntesis de silencio, sin ella y el verdor de su palabra

Y yo teniendo una cámara no la grabé
La creí eterna
Diosa lúdica
Médica turquesa
Marina
Onírica
La vi curar de mudez
A un niño en un columpio
Y sus padres
De doctor en doctor
Ahora asombrados
En esta historia donde siempre la veo… Y quiero seguirla mirando
Aprendiéndole
A esta edad de aprendiza de sabia
Eterna

Sangre de luciérnaga

¿Por qué he de rezar?
¿Por qué he de inclinarme y suplicar?
Sé que la órbita que describo
No puede medirse
con el compás de un carpintero
y que no desapareceré como el círculo
de fuego que traza un niño en la
noche con un carbón encendido.
Walt Whitman

Sigue mostrándome el camino, madre
Pues tus manos me contaron también este cuento:
"Luciérnaga es la niña que Dios escogió para escribir el sueño de los muertos"

Pero yo no le obedecí
Desde que me llevó
Me dio por meterme
En esos vientres
Que gesta mamá tierra

A los cuatro años
Dios me promete un día de campo

El camposanto

En un descuido
Suelto su mano
Juego a las escondidillas
Cuando me canso de esperar a que vaya por mí
A que me descubra
No lo encuentro
Salto entre los monumentos

Un dos tres por mí
Un dos tres por mí
Un dos tres por mí

Desde lo alto
Un niño con alas se me queda viendo
¿Y a ti por qué te vino a dejar acá?

No supe qué contestarle
Pero recuerdo que al caer la tarde
Me recargué junto a su cuerpo
De arena y cemento
Y aunque tenía sueño
No quería cerrar los ojos
Los brazos.

Poco a poco el sol cerró su ojo rojo
Y me quedé ahí
En medio del día y la noche
Para siempre
Parpadeando.

El vacumen de los muertos

Luego la Virgen me habló, me dijo que ella era la mamá de Dios y me explicó que ahí había muchos niños con los que podía jugar, que ellos me enseñarían a hablar con las manos, a leer la escritura que guardan las hojas, su savia, que es así como los secretos del lumen entran a las manos. Que era fácil sólo era cuestión de cincelar y cincelar:
Libros, cruces, Floreros, placas...
Que ella era la señora dadora del polvo dorado con el que habría de pintar letras y más Letras Estelas.
Así comencé en las escritura, picando piedra. El cincel fue mi primer lápiz, el segundo fue el pincel.

La letra con sangre entra, escuché decir, cada que me machucaba un dedo
Amanuense de vivos, siembra letras para muertos

De epitafio en epitafio llegué a lugares inimaginables. Algunos dolientes decían que la mejor universidad es la de la vida. A mí por obra y gracia del Espíritu Santo se me dio el pase automático al la Universidad de la Muerte.
Y hasta el día de hoy, los silencios me gritan cuando entro al blanco de una página.

Es por eso que ahora cuando visito a una ciudad, a un pueblo; primero visito a sus exánimes, es tan interesante oír sus voces de raíz.
Le miro el corazón a la tierra cuando me asomo a una tumba
Desde niña supe que hay dos tipos de gente: La que va o la llevan al campo y la que va al camposanto a buscarse: Chamana…
Tumbas y tumbas pueblan mi infancia: Toda una ciudad de ánimas para una niña A veces, a escondidas, me tendía sobre un monumento, me gustaba hacerles burla a ésos que siempre están engarrotados, jugando siempre a las Estatuas de marfil y se me quedó la costumbre, es más yo creo que en lugar de Luz, Mar, Luciérnaga o Lucero, debí haberme llamado: Soledad, Cruz, Anáfora o Retórica, porque soy visitadora crónica de panteones. Me gusta sentir los vientres de la tierra que visito.

No me dejaron tener muñecas, así aprendí que los alcatraces invertidos, pueden ser: Novias, copas, escobas.

Ser futura chamana es descifrar las voces, los cantos de la tierra y del mar…

Madre

Sigue alumbrándome con la mejor de las herencias
El canto verde y lúdico de tus manos…

(de *Lúdica y Chamana*, de próxima publicación)

Lucero Balcázar (México D.F. 1969). Poeta, caricaturista y reportera. Miembro de la Sociedad Mexicana de Caricaturistas. Tiene 10 poemarios publicados en México y Cuba. Publicada en 84 antologías en 10 países. Traducida al inglés, portugués, hindi y télegu. Becaria FOCAEM en 2009, Tercer Lugar del Premio Tinta Nueva de poesía en 2012. Primer Lugar como Editora del Taller Literario-Alicia Trueba-Elena Poniatowska.

Luis Marcelo Pérez

Uruguay

Madre

al menos sólo una vez
dime si hoy el rocío
me alejará de la luz de tus ojos
tendidos sobre aquel gris desolvido.
Tú sabías madre,
lo sabías.
Los relojes siempre a tus pies
las agujas cayendo como catedrales
el tiempo se entregó vencido.
Entonces digo amor.

Réquiem

Imaginarte aquí
cercano
sin naufragio
desgarrando a la vida.
Es tarde
enfrente amanece
la distancia ya no nos condiciona
la vida se congela

vulnerable
me faltan tus adioses
ya no hay punto cardinal
ni horas
ni esperas en los aeropuertos
que nos separe
entre tanto, es otoño y hace frío.

Ricardo Prieto ha muerto

Ya no hay salvo
que te salve
tierra bajo tu polvo
encofrado epitafio
sin rosas, ni cruces, ni espejos
que consuelen
tu fatigosa resistencia
inconclusa.
Sombras, cruzan entre las gárgolas
entre aquella decaída cortina
ventana semiabierta
sillón de refugio
estación de sacrificio
día de todos los muertos.
Levántate
a pasos de tus pasos
donde no arde tu silencio
porque tu boca grita
como el primer día.

XXX

Un verso, una nota
una paloma, mil palomas
como niños por venir,
como la pausa entre la muerte
y el principio de todo.
Parte, silencio, un vaso de agua
y después,
el después.

XXX

Una mirada se ha quebrado
sobre los huesos de una mano abierta,
de la tumba seca,
del invisible espacio del silencio.
La espumosa lluvia del oeste,
moja sus párpados abandonados
nubes negras,
noches sin estrellas.
Su piel flota
en el amurallado bosque
de las sombras.
Mientras la lluvia salpica
sin descanso,
suenan los pasos que ruedan
en agonía de palomas en llamas,
vestidas de luto
sin pieles del deseo
Muerte.
Pura, llana y lisamente
con o sin dudas: Muerte.
Ya no hay más brillo
en los ojos.
La mirada es un reflejo
de la ilusión.
Muerte.

XXX

Lo que la vida envejece
la muerte rejuvenece
eternamente.

XXX

Muerte.
Fuerte.
Te oigo entre las inmensidades
del tiempo,

desgraciados años
me visten de nostalgia.
Mi alma está de duelo.

XXX

Todo presente será pasado
bajo el aliento seco
de las rocas,
que se pierde
por los besos y abrazos del viento.
Sangre verde
oscura
de los ojos de los muertos
que arrojan las ramas del tiempo.
Sucia sangre,
perfecta
invitas a vagar
suspendida de los ojos en las noches.
Muerte pasada
de mi presente
te celebro te deseo te condeno.
¡Desnúdate!
Soy el hielo seco
que quemó las entrañas de la tierra.
Soy el acertijo de un globo vencido
que busca la solución
tan próxima
tan distante.

Todo futuro será expansión…

XXX

Todos los océanos se congelan
bajo las almas.
Todas las heridas se secan
bajo los cuerpos.
Todas las mariposas se marchitan
bajo el acosante silencio de los sueños.
Todos los aromas se cristalizan
bajo la forzada curva del horizonte.

Todo lo esencial se manifiesta
bajo las vivas llamas de la existencia.
Todo lo vivido se combate
bajo el impenetrable velo de lo infinito.
Y allí estoy
están
estamos
muriéndonos de ganas
con agujeros en las venas
por conocer el ajeno mundo
en bocas de trueno
y estampidas de muerte.

Vacío

Ya poco importa el vivir,
si no existe el amor,
¿Qué importa el sentir?
ya nada queda,
ni goces, ni armonía, ni felicidad,
las heridas queman,
no en vano morir.

Luis Marcelo Pérez (Uruguay, 1971). Poeta, narrador, ensayista, periodista, editor, gestor cultural y activista social. Su obra ha sido editada en Paraguay, Chile, España, Colombia, Cuba, Japón, Italia, Perú y Uruguay. Escritores como Rubén Bareiro Saguier, Volodia Teitelboim, Jaime Quezada, Carlos German Belli, Renato Sandoval, Miguel Barnet y Mario Benedetti han elogiado su obra. Recibió el nombramiento Periodista Emeritus de las Américas UNESCO en 2014.

Mairym Cruz-Bernal

Puerto Rico

Amanecida de dolores

I.

Siento que si me quedo aquí
a la vera de su cuna mi madre no morirá
Si me quedo aquí
sin parpadear toda la noche
si velo sus ronquidos
y cuento los intervalos de sus respiraciones
Si me quedo aquí y velo
su sueño primavera
sus manos juntitas una encima de la otra
como las niñas buenas que duermen
Si me quedo aquí toda la noche
sin apenas parpadear
mi madre no se irá a ninguna parte.

II.

Dice que ve a su madre
dice que su madre viene
dice que la ve y la llama
a veces ve a las tías en un círculo verde
no ve a Dios

no hay hombres
dice que sólo su madre y ella
y sabe que es ella
y su madre sola
y al final también hubo una niña.

III.

Yo no soy la madre
de esta mujer que duerme
no fui su escudo ni su manta
no fui su enfermedad
fui algo así como una hermana
se llenaron de callos
mis pobres manos mancas
arrugadas de soles
parpadeando
no fui su madre
ni su hija
ni su abuela
no fui la responsable hada
que saltó de los libros
pero fui tantas otras cosas
fui su vientre abierto
su tercera cesárea
su sonámbula flor.

IV.

Somos tres y tal vez una más
mi abuela mi madre y yo
más allá mi hija
después de aquella ventana
son tres más
mi hermana su hija
mi sobrina como una hija más
8 las mujeres de esta cepa
tribu de ellas.

V.

A la víspera de su muerte
calla la noche
no hay hora más larga
que cuando ella duerme
y mis ojos dejan de parpadear
es demasiado corto este reloj de arena.

VI.

Creo que desde que nací
estoy esperando la muerte de mi madre
tanto inventario de camas y hospitales
horas lentísimas como glaciales
Estoy mirándola ahora
su cuerpo enflaquecido
los nudos de su lengua
su tremendo edificio derrumbado
Mujer que ahora eres mi madre
que ahora soy este manojo de hija entristecida
pasa de mí este cáliz
no me hagas vivir tu muerte.

VII.

Madre que aún vives en tus huesos quebrados
madre de escasas venas
de pulmones lisiados
madrecita de mi orfandad
abrígame en tu seno
Madre de todos tus hijos huérfanos
quién será su madre cuando tú te hayas muerto
qué sentirán tus batas
colgando en los percheros
tus medias tus toallas
las blancas azucenas
qué sentirá tu casa
el periódico
aquellos gatos
qué sentirá mi nieto
a meses por nacer

madre madre
no te nos mueras.

VIII.

Va a levitar tu cuerpo
y tu madre te llama
viste de hilo blanco
viene sola a tu encuentro
pero a este lado estoy yo
amarrándote a mí
ella en aquel lado
yo en éste
comienza mi sólido cansancio
tantas noches de tumba
silencio y hospitales
flotas y dices me estoy yendo
Mairym, me estoy yendo.

IX.

Recién nacida y dices que te mueres
pero si acabas de empezar a vivir
77 años son los números del perdón
al fin dejaste ir tanto rencor
acabas de nacer y dices que te vas
niña recién nacida en tu cuna gigante
mamándote al aire
en la oscuridad de la noche
soy un llanto contenido
una raíz sepulta
voy a arrancarme los ojos
tirarme ciega en tu pecho
cuántos años sin ti
y ahora que te tengo
con tu anillo y tus perlas
dices que te vas.

X.

En los hospitales los enfermos estallan como flores
cadáveres ingenuos
prematuros catarros
las miradas se derrumban
aquí acaba la fiesta
no hay roble que no celebre su robleza
ni mariposa que no mariposee su existencia
pero aquí ya nadie celebra su santuario
la muerte acecha espada a espada
asesinan la risa de los pájaros.

(Madrugada del 29 al 30 de marzo 2014,
Sala de Emergencias Hospital Auxilio Mutuo)

Mairym Cruz-Bernal (Puerto Rico, 1963). Poeta y ensayista. Presidió el PEN-Puerto Rico (2008-2012) y el V Encuentro Internacional de Escritoras en Puerto Rico en 2003. Sus poemas han sido traducidos al macedonio, árabe, croata, eslovenio, italiano, portugués, alemán, francés y polaco. Miembro del Círculo de Escritores de Venezuela, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la Sociedad de Escritores de Chile (SECH).

Margarita Muñoz

México

Tejiendo, tejiendo

Tejiendo los recuerdos, veo cómo
vuelan los pájaros, racimos de alas
siguiendo al guía, marcando el ritmo
en un cielo encapotado
Afuera el viento es una cadena de sollozos
Te fuiste, temprano de tus años
Sin contarme tus cuitas
Diciendo que arañazos y marcas
En tus brazos,
eran sólo caídas
No los golpes de un macho embrutecido
que te quitó la vida y me dejó
este silencio que sólo rompen
las voces infantiles de estos retoños tuyos
de los niños
que dejaste en mis brazos
Se anuncia la tarde y la pena se evapora
Entre sus risas.

Ausencia I

La lluvia de marzo
tararea en las tejas rojas
una triste canción

se dispersa el día
y la sombra del sauce
trepa por las paredes

oigo el rumor de tus pasos

en el silencio del ocaso

Tu voz se pierde
en la luz que se extingue

Te has ido padre
y me quedo niña
tendiéndote los brazos.

Ausencia II

Camino con sigilo hacia tu habitación
No quiero despertar a los recuerdos
que se han quedado prendidos a la pared.

Escucho el canto de tus sueños
el acompasado ritmo de tu respiración
que se agitan en medio de la noche.

De madrugada me llega el rumor de tu voz
despierto sobresaltada
pensando que aún habitas aquí
Me levanto presurosa
para saber que estás bien y la luz de la luna
me vuelve a la realidad
No puedo acostumbrarme
a tu ausencia, madre.

Margarita Muñoz (Parral, Chihuahua). Escritora y promotora cultural independiente. Licenciada en Contaduría por la Universidad Autónoma de Chihuahua, realizó en la Facultad de Filosofía y Letras el posgrado *Literatura y ensayo hispanoamericano del Siglo xx*. Ha publicado artículos culturales en *El Diario de Chihuahua* y *El Heraldo de Chihuahua;* en las revistas *Solar*, *Semanario*, *Cuadernos del Norte*, *Nawara*, *Siempre*, *Fronteras* (CNCA), y *Alforja*. Ha editado cinco plaquetas de poesía. Incluida en más de diez antologías poéticas y en una docena de memorias de encuentros nacionales e internacionales de poesía.

María Tabares

Colombia

Porción de realidad

En el lienzo de la noche
el canto del gallo hace una grieta
por donde atraviesa la mañana.
El perro negro sale de su ensueño,
orina contra el árbol y ladra
haciendo coro en la distancia.
Un pájaro, inmóvil,
regresa volando de su luna,
abre el pico y se transforma en piano.
El cielo despliega sobre la tierra
su cuerpo de mujer ilímite
donde navegan los aviones las aguas,
los gigantes movilean sus espejos verdes contra el viento
y los frutos,
en sus brazos,
se arraciman como ciudades atestadas de soles.
A sus pies,
fulminado contra el suelo,
un pequeño cuerpo tejido en plumas yace inerte
sin poder respirar más la tierra.
Nadie se inmuta. Sólo el poeta.
Cada día que amanece es el primero.
Nada recuerda que hubo ayer, piensa.

La otra vida

Asesinada la otra vida
ahora es menos que humo,
es no materia
es nada.
Asesinada la otra vida
lloraron sangre los muebles,
los ojos no los vieron,
pero como ellos
también lloraron
la pérdida de los animales
los amaneceres
los lagos
los caminos.
(No hubo más remedio
que ser uno, uno mismo,
y ser verdugo)
Asesinada
la cama
la cocina
el jardín
asesinado él
(cuerpo ligero de nube cuando baja aquí a la tierra),
hoy habitan
la cuarta dimensión.
No es de humanos penetrar en ese tiempo
del pasado,
no es de humanos caminar despiertos en el espacio
de los sueños,
asesinada la otra vida
ahora es menos que humo
es no materia
es nada.

Ese pez

que vuela rastrero por el césped
no logra levantar vuelo
o vuela hacia otros mares
(quién va a saberlo).
Entre aletazos
un estertor de muerte seca
succiona
gota a gota su espíritu
mientras mi mano
asesina
pretende atraparlo
con sus dedos de jaula.

Como a la hoja del árbol

A tantas abusadas, muertas

Qué voluntad arrastró tu inocencia
desde su cielo al suelo rojo.
Qué voluntad ajena, niña verde,
decidió el abuso de tu cuerpo,
su fractura a la intemperie del dolor,
cuando eran tuyos
el asombro,
las manos del sol,
el galopante flujo de la savia nueva.
Quién decidió que fuera yo tu hermana,
salvándome,
en tanto a ti te desgajó como a la hoja del árbol,
condenándote a ser una estrella muerta sobre la piedra.
Otra más.

Ya sé. No avisará.

Vestida de callada enfermedad
echará la puerta abajo, de golpe.
Sin misericordia arrancará mi vida de la Vida
y hará el máximo daño a quienes habito.
Volverá escombros la casa.
Nadie ileso.
Nadie en pie o con voz, para decir algo.
Por unos días
el lamento de un gorrión iluminará el vacío.
Luego, incluso el pájaro quedará en silencio.
(Tal vez sólo exista entonces
este poema, si sobrevive).

María Tabares (Bogotá, Colombia). Egresada de la Escuela de Escritores de México, SOGEM. En 2011 recibió el Premio Nacional de Poesía otorgado por el Museo Rayo y Ediciones Embalaje, Colombia, con su libro *La luz poemas de sombra*. En 2010, obtuvo el 2do lugar, en el mismo certamen, con el libro *Y cae y suena y nos invade*. En 2013, su libro *Los sombra*, recibió Mención de honor en el Premio de Poesía Ciudad de Bogotá. Su más reciente trabajo poético, *Álulas*, fue publicado por El Ángel Editor, Ecuador en 2014.

Marina Ruiz

México

En nombre del silencio (fragmentos)

Variación I, El aguacero
San Cristóbal de las Casas, julio 2011

No hubo minutos que rompieran las olas
de este camino a la intemperie

1

El aguacero de la noche
la muerte de la gota en el charco
la música silencio entre las olas
amarillo y púrpura
    el sollozo entre los astros.

2

Cuerpos que apestan a cadáver
respiran
cuerpos sin destino
se alimentan.

3

Ella dijo huele a cadáver
y el aguacero rojizo
arreció sobre mis faldas.

Variación II, El corazón

San Cristóbal de las Casas, agosto 2011

Enunciar el dolor no es abrir la llaga

1

Abrázame
soy un pozo anegado
abrázame
brinco la cerca de la desesperanza.

2

El reflejo me persigue
en el espejo que he pintado de mí misma.

3

Hambrienta estaba aferrada de la nada
posesión intangible la memoria.

4

Salió la bruma de mi pecho
corrió arriba abajo la montaña
mi cuerpo tiene arena acumulada en los rincones
después del desentierro.

5

Veo pasar seres mariposas negras
revolotean en el rabillo de mis ojos
no pregunto quiénes son
no quiero conocerlos.

6

Un roedor bicolor, hermoso
murió en la fuente del excusado
lo vi boquear y tragar agua
lo deje morir ahogarse.

7

Camino por las calles inundadas
adentro ha llovido tanto
en los charcos
Insectos flotan inertes dando vueltas.

8

Nada pertenece a este océano de sombras en que vivo.

9

Una noche la puerta palpita
no hay viento
pero insiste en cerrarse o en abrirse.

10

Mi cuerpo es un salmón hiriéndose afanos*a* en su camino.

11

Sangro de nuevo
huelo a otra sangre
mi corazón está vivo
yo me alegro.

Noche

Escucho al amor que es como la lluvia
en el silencio de la palabra noche

Abuela sol
anoche soñé que un bebé conejo moría
xcham nene t'ule dice Marux
al amanecer lo vi pender de un alambre desollado
sobre la estufa de carbón
te arrullo en mi sueño nene *t'ule*
pequeño y frágil
sin pelo sin ojos.

Ipon ta kolonton
enfermó mi corazón.

Abuela luna
soy una mujer de aguacero
alebrestada por el mar (H)embravecido
virgen del silencio
hábito bajo los océanos
en mi regazo la madriguera del mundo hizo aguas
y el caudal de mi vientre
desapareció cordilleras.

Abuela tierra
alimenta a mis hijos en el inframundo
dales tortilla
dales agua
ta xkol
sanará este corazón
se llenará de flores.

Abuela estrella
no fui más que la niña descuidada de sí misma
no soy más que la sombra proyectada del silencio
cúrame abuela estrella
piedra al rojo vivo
cúrame con el agua la luna la tierra el tiempo

el templo de mi cuerpo me perdona
sean los versos de estas letras
piezas perdidas entre las aguas
la ofrenda
a los seres que nunca vieron luz.

Marina Ruiz (México). Poeta, editora de Astrolabio editorial y performera. Es parte de la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra que publica obra de mujeres en reclusión. Es fundadora de la colectiva las poetas del megáfono. Ha publicado los libros *En nombre del silencio, La otra, Con el cuerpo también temblando, Diario de viaje en Argentina, Abre tu corazón, El libro de las bendiciones,* entre otros.

Martha Leticia Martínez de León

México

Consagrar

A ti Kristian Galicia Sánchez, tres poemas:
uno por la vida, el segundo por el Silencio,
el tercero por la contemplación de tus manos.

Al consagrar mi cuerpo
contemplo su muerte en mi carne
y transfiguro cada vocablo en plegarias

Ahora y en la hora de nuestra muerte

Al revelarle la muerte a mi cuerpo desnudo
un orgasmo me unge
Bendice la simetría de cada falo

y recita.

Él crea, de una gota cuando es eyaculada[1]

Al caminar
las larvas me hostigan
refutan el Infierno
engullen mi piel
no permitirán hacerla cenizas
me asumen de tierra
de agua
pero soy serendipia[2] donde

Mi alma espera en su palabra[3]

El misticismo de mi muerte es de vida
de Silencio
Sacro
purificado con mis lágrimas
entre Salmos, Suras y Plegarias

La sexualidad de mi muerte me consagra

Bendito el fruto de su vientre
Ahora y en la hora de cada muerte

Cada despertar mi cuerpo fenece
analogía de la muerte de Dios
al hacerse Hombre.

II

Sacrificio

Con tu falo
ofréndame
un p o c o de muerte natural al penetrarme
y dosifica la muerte asesina al sujetarte de mi cadera

[1] Sura 53, la estrella, vv.45-46
[2] Descubrimiento o un hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa distinta.
[3] *Cf.* Salmo 130.

Arrodíllame
unge mi garganta con tu semen
así
mi suicidio abrigará
el sabor del mar.

III

Trinidad

He fragmentado mi Templo en tres

Mi cabeza para el Padre
Mi cuerpo para el Hijo
Mis pies para el Espíritu Santo
y he trasgredido
mi mente con la ignorancia
mi sexo entre hombres
mis huellas con miedo y dudas

He nombrado a mi Dios en una Trinidad

por dogma
por tradición
por costumbre
y lo he amado
al apresar tu boca
al laminar tu pecho
al catar tu falo

He existido entre la agonía de su Hijo

al crucificarme al amarte
al coronarme de tu libertad como si fuese de espinas
al extinguirme en cada orgasmo

He fenecido

en la Creación del Padre
en la Resurrección de Cristo
en el Instinto del Espíritu Santo

y he sumergido
a mi carne en una cárcel
a mi silencio en un grito
a tu esencia en un santuario

He concebido en una Trinidad
a mi erotismo para recorrerte
a mi Dios para bendecirte
a mi muerte

tus manos en el nombre del Padre cierren mis ojos
para que tu boca en el nombre del Hijo me haga cenizas
tu silencio en el nombre del Espíritu Santo suspire un *réquiem*

Hago de ti mi caída
Así, al saberte en otra vida
mi muerte
acaecerá en paz.

Martha Leticia Martínez de León (México). Maestra en Ciencias Bíblicas y Hebreo Antiguo. Licenciada en Ciencias Religiosas por la Comunidad Internacional Teológica y la Universidad Pontificia de México. Investigadora, curadora, poeta, cuentista y dramaturga. Ha publicado más de nueve libros de literatura en México, Estados Unidos, España e Italia y doce libros de Teología y Ciencia para niños. Actualmente dirige Editorial Silencio y es Catedrática en la Universidad Intercontinental (UIC).

Norma Segades-Manías

Argentina

Holocausto del viento

Las fiebres eran ácidas.
Sobre su piel de insomnios y delirios,
remolinos de fuego amotinado lloviznaban violencias de temblores,
hincaban aguijones de condenas amargas

y en la espera
agrietada por collados de lenguas andrajosas,
negras copas de voces como espinas
suplicaban el agua.

La antigua sombra antigua entre las sombras desgreñaba su polen de cristales,
afilaba perfiles cenicientos,
desvelaba las lámparas,

congregaba miradas de miedos en desorden,
retenía su pulso desvalido con ramajes de garras.

El hijo que viajaba en su agonía la hechizaba con lunas transparentes,
la desterraba al hueco de su entraña,
la llevaba hacia sí,

médula adentro,
deshabitando un sueño de amapolas por submundos de larvas.

Y derivó en su sangre a la deriva,
hacia donde el silencio mutila las raíces de todas las palabras,
hacia abismos de esperas sin memoria,
hacia la luz naranja del origen,
hacia el azogue de ojos amarillos que devora distancias.

Por la desnuda huella del misterio la muerte era una arista,
un contraluz de párpados abiertos,
una certeza,
un llanto,
una plegaria,
el eco de un jadeo sin destino
y un aroma a violetas encendidas destrenzando sus trenzas

en la almohada.

(de *La memoria encendida*, edición artesanal)

Caronte

Caminaré
al crepúsculo
hacia el agua dormida
y pediré al remero suplante las orillas.

Los antiguos maderos abrirán una herida en el pecho del río
avariento de proas
y en el silencio eterno que el barquero custodia

también seré silencio

navegando en las sombras.

(de *Más allá de las máscaras*)

Epitafio

Nada queda de mí
bajo la verde hierba donde yace mi cuerpo con las alas quebradas.

Un silencio perfecto me arrebató los versos
–tras el portal umbrío no existen las palabras–

La muerte ya ha entregado mi carne a los gusanos
respondiendo a la insomne,
voraz naturaleza.

No susurres mi nombre junto a la tumba inmóvil.

Nada queda de mí bajo la verde hierba.

(de *Más allá de las máscaras*)

Muerte

Las uñas de la muerte.

Erizaba penumbras
        soledades
descendía a los huecos del insomnio
y entregaba su voz a esa esperanza
que derrota los miedos
        a menudo
Habitaba el reverso de las tramas
esa orfandad de amor en su memoria
con la muerte
clavándole en la sangre
sin piedad
        sin olvido
        sin reposo
los colmillos hirientes y desnudos

Esperaba paciente
noche a noche
Sólo algún carraspeo sofocado
delataba su cuerpo
por la casa
denunciaba el desmayo de su pulso
y en su rincón
las lunas esbozaban
con perfiles de sombras inclementes
con pálidos vitrales de ceniza
las jaurías del cáncer
contra el muro
Fue un día de febrero
aún lo recuerdo
El verano paría en los jardines
su temblor de glicinas
de diamelas
su impunidad de audacias en capullo
cuando
aquel soplo
le abatió los párpados
y comenzó a tender las lejanías
llevándose mis trenzas
de la mano
a territorios de silencio y luto.

(de *Un muelle en la nostalgia,* edición artesanal)

Norma Segades-Manías (Santa Fe, Argentina, 5 de junio de 1945). Docente y escritora, periodista literaria, y embajadora cultural. Algunos de sus libros publicados: *Crónica de las huellas* (poesía 2000 / 2004), *Un muelle en la nostalgia* (poesía 2001), *A espaldas del silencio* (poesía 2002), *Desde otras voces* (poesía 2004 / 2005), *La memoria encendida* (poesía 2004), *Pese a todo* (CD poesía 2004) *Los mundos de Morena* (narrativa 2010).

Omar Lara

Chile

Los suicidas

Los suicidas conversan animadamente
antes de
se despiden
preguntan por la familia
y si algo anda mal expresan
su profunda consternación
y le desean una pronta mejoría

los suicidas van al bar preferido
beben un aguardiente de finas perforaciones
y dejan una propina normal
ni más ni menos
una propina normal

los suicidas van al correo postal
preguntan por una carta perdida mucho tiempo
donde le ofrecían un trabajo
que ahora no le vendría nada mal

los suicidas ocultan unas botellas
bajo la tierra

a vista y paciencia de dos caballos
que pastan en la tarde

miran los suicidas
se obstinan
en la escena perdida
de una tarde nohualhue
hasta que de pronto
se hace la luz
se hace el recuerdo
y el recuerdo fluye victorioso
como un lieder de Schubert
o un pincel de durero

los suicidas entran al cine
luego de escabullirse del hogar
de la mano de una mujer de nombre pálido

los suicidas se baten a duelo
con la sospecha de su yo
los suicidas se baten en retirada

los suicidas alzan la copa y brindan
los suicidas alzan el vuelo
los suicidas nadan contra la corriente
los suicidas
nada

los suicidas no se andan con chicas
una chica con la que anduvieron
en los caminos polvosos de la aldea
tiene que ver
pre ci sa mente
con la historia
de la apabullante memoria
por eso
los suicidas
no (se) andan
con chicas

los suicidas sueñan con un hijo
y le escriben con qué derecho

te he traído a este lado
de la realidad

desde la realidad escriben los suicidas
una carta con encendida calma
en la que queman los últimos cartuchos
se queman las pestañas
se queman el alma en la puerta del horno

los suicidas beben agua en grandes cantidades
según el consejo de la campesina
y se sienten cohibidos cuando una señora
que apenas conocen
les reprocha el consumo de sal
el consumo de alcohol
el consumo de amor
prometen enmendarse en el futuro
y entonces la señora que apenas conocen
complacida con esta promesa
les da de nuevo con un palo y duro
también con una soga
ay, César
hay golpes en la vida
yo no sé

los suicidas jamás escribirían
jamás entonarían
jamás llevarían el compás

jamás
de esa canción Piaf
el suicida sí se arrepiente
de muchas cosas se arrepiente
del exceso de sal
del exceso de alcohol
del exceso de amor

y de otras
otras cosas.

Día de muertos

Bebo el vinillo triste de Imperial
con mi madre que amadra sin descanso
aquello que no sabe y no sabiéndolo
lo vuelca de un sentido sin sentido.
Una muerta en la boca me deslumbra,
una sombra
un sonámbulo tributo
el despertar confuso de otra sombra
que difunde mi aliento en la penumbra.
Una muerta que viene con el río,
una sombra que finge de estar viva.
Nos vamos y llegamos en un círculo
que al fin encontrará su punto cero
y no habrá verso
vino
ni suspiro.

Cómo será sin lluvia y sin abrazo…
Será como esa piedra o esa hierba
o será como el viento que fatiga
la calle solitaria de noviembre.

Muerte de Miguel

Veo al tío Miguel que se marchó
en los cuentos de madre y tía Ociela
largo hasta su gorra de marino
elástico y volcánico y rural.
Vino de Filadelfia un día de ésos
y le conté mi cuento del barquito*
anclado una mañana sin historia
anclado frente al ojo de mi cama
el barco más fastuoso de mi vida
más blanco más ufano y más alado
camino de mi río hacia el olvido
camino de los nudos más arteros.

Yo cortejo mi cuento cuantas veces
quiero saber de veras lo más cierto
y lo cierto esta tarde es que Miguel…

*El autor evoca el paso del barco Imperial, por tierra,
hasta el río Imperial, donde habría de embarcar pasajeros
hacia Puerto Saavedra.
El barco se hundió, con una secuela de decenas de víctimas.

Omar Lara (Imperial, Chile, 1941). Autor de una veintena de libros, entre ellos *Los buenos días*, *Oh, Buenas Maneras* (Premio Casa de las Américas, Cuba), *Papeles de Harek Ayun,* (Premio Casa de América, España), *Voces de Portocaliu, Delta, La Nueva Frontera* y *Prohibido asomarse al interior*. Es traductor del rumano. En1964 fundó el Grupo Trilce y la revista de poesía *Trilce*, que dirige hasta ahora. En 2012 recibió el Premio Internacional de Poesía Rafael Alberti.

Ricardo Ballón

Bolivia

A la memoria de mi padre, Jorge E. Ballón Sanjinés,
que murió mucho antes de su muerte.

Los recuerdos
por más alegres que sean
lloran.

*

Ladran las sombras
a la luna
mientras aúlla el frío
y gime el olvido.

La sombra y el vagabundo

Doblado en una esquina
con sus puños aferrados a la nada
el frío corría por su mirada
en su rostro se veía el largo camino recorrido
Cubierto de periódicos pasados
olía a silencio añejo
sus ojos eran una canción lejana
encallada en ese mar negro de sus días.

*

Sus ojos quedaron extraviados
en la esquina de la noche,
por la calle aledaña
había pasado el tiempo
husmeando como perro abandonado
El viento nocturno
arrastraba todos los desperdicios
hasta el alba
para lavar su único rostro
con el rocío
y las luces limpias de la mañana.

*

Los gestos de la noche
te asustaron
no sabías las intenciones
de las sombras
te perseguían
por las calles abandonadas
bajo esas pequeñas lucecitas
temblando de frío en los faroles
con las estrellas tan distantes.

*

Hijo de la noche abandonada
oscuro espejismo
de la nada
te dieron a luz los relámpagos
entre gritos sin llanto
había llovido demasiado
todo estaba cubierto de olvido
tus ropas remendadas por los hilos del destino
flameaban contra el frío
tus primeros pasos tropezaron con el viento
que chocaba en las paredes de las cavernas
te deslizaste
como una delgada columna de humo
entre las alas abiertas de los murciélagos

te percibían
íntegro
entero
duro como las piedras que contienen el aire
sin respirar ni decir nada.

*

El gélido diciembre
atestado de luces y lejanía
refractó tu espectro
sin noche buena ni año nuevo
entre aquellas estrellas
también ausentes.

*

Mirabas al sol detrás de los árboles
escuchaste tus gritos
entre las estatuas quietas
y el frío de las piedras en silencio
La brisa escapaba con los meses
también se marchaba el viento
ajeno al aroma de las flores
veías sus colores en las casas ajenas
La tarde caía en tu noche repetida
sin más luz que la luna
sin más abrigo que el de la sombra
que hoy reposa junto a tus huesos.

*

Las líneas del destino
se hicieron cicatrices
en las palmas de tus manos crispadas
cargaste la distancia a tus espaldas
buscando ese paraíso
hecho a tu imagen y semejanza,
caíste en la emboscada del tiempo
donde el sol sólo se aleja
y vuelan las sombras de los pájaros ausentes,
desesperada cayó la lluvia

arrastrando el presente hacia el pasado,
corrió por las grietas de tu rostro
empapada de recuerdos
entre los escombros de aquellos días
que te perdieron de vista.

*

Ayer vi tu rostro estrujado por el tiempo
entre los espejos rotos de la lluvia
escuché el crujir de tus promesas
entre los viejos maderos durmientes,
eras mi fantasma preferido
con el que jugaba de niño
corríamos tomados de la mano
en ese bosque embrujado de la inocencia
hasta que un día nuestros pasos se perdieron,
fui el rehén de la espera y el olvido
disputé con las fieras y las aves de rapiña
cada pedazo de amor caído
Entre las hojas temblando de miedo
aún guardo los retazos de aquellos días
parados de puntas buscando aparecidos.

*

Todo había muerto
tu calle donde un día dejaste tus pasos
no tenía flecha ni número,
el tiempo había dejado las puertas abiertas
pero nadie salió a recibirte
sólo un gemido se percibía
el rostro que guardó la larga espera
ya no estaba detrás de aquella ventana.

*

Por última vez no pude verte
al frente de tu cajón abandonado
lleno de esa larga espera
que murió mucho antes que tu cuerpo
Aún escucho el mar

el mar lleno de distancias
y turbulentas ansiedades
donde nunca pudimos desahogarnos
Habías muerto hace mucho
con tu pecho vacío
con tus manos vacías
con tu mirada perdida
bajo ese cielo nublado
que nos atormentó hasta la muerte.

Ricardo Ballón (Bolivia, 1956), Poeta y cuentista boliviano, reside en Estados Unidos. Ha publicado el libro de poesía *Cabriolario* (2001) y tiene varias obras inéditas, entre ellas *El Diario de la sombra* del que se toman los presentes poemas.

Roberto Arizmendi

México

Despedida

Cuando alguna vez no llegue a casa
no podrás soportarlo.

Si alguna vez no llego,
puedes estar segura
que decidí amar
hasta la libertad
o hasta la muerte.

Altar de muertos.

Hagamos un altar
para nosotros
porque los vivos
nos vamos muriendo poco a poco,
dejamos en cada paso
una porción de luz
y se va oscureciendo el espacio
sin sentirlo.

El dolor

Para Nayeli

Hay momentos
en que el alma duele
y no hay llantos
ni pastillas que la curen.

Te puede doler un brazo
una cadera,
te puede sangrar la piel
cuando te hieras,
pero el dolor
¡carajo!
es algo así
como desbaratar la vida;
romperse todo,
toditito.

Soñar junto a la historia

He recorrido los espacios de un tiempo
que se pierden con frecuencia entre el polvo de los días
pero nunca su esencia se deslíe
porque son germen y conciencia de un pasado
que sin darles retoque o maquillaje
son presente indubitable.

La voz escrita ha sido un aliciente
en medio de este mar de zozobras y sorpresas que es la vida
donde no se puede concretar el tono preciso de las cosas
porque el tiempo es voraz para el olvido
y casi nunca permite que exista tiempo preciso
para recomponer las líneas de la vida.

Mi madre poco supo de lo que yo canté o dije a cuatro vientos.
No supo quizá cuántas veces alcé la copa para brindar por ella o recordarla
en cualquier madrugada de recuerdos,
mañanas luminosas o noches de luna inamovibles.

Mi madre lloró a solas,
en silencio,
aunque algunas veces pude descubrir su dolor manifiesto
por lo que no podía construir,
impedida por sus valores o su pensamiento impuestos.
Fue sin embargo una mujer feliz por inmanencia
pero sujeta al vaivén inevitable de las circunstancias
en donde el ser humano tropieza, a veces, sin remedio.

Recuerdo su sonrisa en todo tiempo,
su mirada reflexiva de cariño ilimitado
su afán por celebrarlo todo,
hacer fiesta y gozo sin medida
y encontrar en el menor rescoldo el germen de la dicha.

Me dejaba cada noche una caricia
y junto a ella
la certeza de que el mundo sería sin duda mi dominio
el espacio donde podría construir mis sueños sin medida.

Cuando su voz fue más leve,
yo pude alzar la mía
para que fuera escuchada de múltiples maneras.
Dije mi tiempo, mi pasado, mis discordias,
pero también la enseñanza aprendida
para modelar la dicha, el gozo y la esperanza.

Mi voz fue de alguna manera su voz
no tengo duda.
Mi gozo es la herencia de su decisión innegable
de hacer del tiempo un gozo eterno, impostergable.

Y vago ahora por el mundo
diciendo a todos los que coinciden en mi senda
que el tiempo no es algo inamovible
y que podemos a diario

construir la historia,
nuestra historia,
con los detalles y destellos que soñamos.

Podemos ahora soñar de nuevo junto a la historia
encender la chimenea
decantar el vino
brindar con los que están
pero también con los que ya se fueron
dándoles vida en el recuerdo
para juntos construir el mundo nuevo que anhelamos.

Préstame tu muerte un rato

Préstame tu muerte un rato, madre
para saber qué es eso
de no hacer ya más nada
sino adormilar el sueño no construido
ver pasar el tiempo
y no hacer nada con él porque es ajeno
sentir enorme dolor de no poder amar acariciando
aunque por dentro la piel roída,
los huesos carcomidos,
el lecho engusanado
estén ardiendo en el fuego del deseo.

No dar un beso más,
no recorrer una piel tersa con el tacto electrizado
no mirar a los ojos directos a mínima distancia
no sentir el cálido aliento, el juego de los labios,
o las rítmicas campanadas del reloj, de madrugada.

¡Imagínate, madre, qué tormento!

Ahí sí es como para morirse de adeveras,
impotente y dolorido sin poder moverse.
Eso sí que es tortura.
Igual que cuando amamos en la vida
y no hay signos de luz que nos alumbren.

Igual cuando elegiste a Miguel
y te dejó que vieras los ocasos tú sola, cada tarde,
solitita
sin quién acompañara tus lágrimas perdidas
ni quién escuchara tus canciones.

Tú aprendiste a morirte desde entonces
pero no me dejaste tus secretos.
Préstame tu muerte un rato, madre,
dame la mano y enséñame a morir
igual que de tu mano, alegre,
aprendí los secretos de la vida,
me enseñaste el valor de la alegría,
sup lo que era andar hasta alcanzar la meta
y el gusto de recorrer incansable los caminos.

Un samba de *saudade*

Para mi esposa y mis hijos

Si la vida se acaba
no hagan caso.

Si una mañana no estoy
aquí ya más,
acomoden mis cosas,
resérvenles lugar
y denle acomodo al corazón
de nueva cuenta.

Si un día no puedo compartir
comida y tiempo
dividan en tres la nueva vida
y una vez cada cinco años, diez,
alguna vez,
cosechen una flor
y hagan un samba
sin dolor
sin llanto,

que ahí estaré bailando y cantando
con ustedes.

Roberto Arizmendi (Aguascalientes, México, 1945). Cuenta con 43 libros publicados: poesía 27, antologías poéticas 2, epistolarios 5, literatura testimonial 4 y varios sobre educación). Coautor en 32 libros. Incluido en 36 antologías poéticas en varios países, diccionarios enciclopédicos y sitios Internet. Participante en 38 festivales internacionales de poesía de diferentes países. Consultor, profesor, investigador y directivo en universidades y dependencias educativas.

Socorro Soto Alanís

México

Tú llevas la carreta

Llegaste de madrugada, otoño frío
música con olor a nostalgia
notas lejanas en el viento gris.
Altiva, serena
te vi a través de mi ventana
sonrisa helada
no supe descifrar el presagio.
No es verdad que vistes de negro
tampoco asusta tu presencia cálida
delgada, alta como constelación.

El mundo huele a sangre
un cuerno de la abundancia
lleno de ríos y montañas me deja exhausta.
Todas las palabras se esconden
por el tru tru tru de metralletas.
Los puentes tienen miedo
de madrugada les cuelgan cuerpos torturados
igual anuncios de vedetes y mercancías.
Tendedero de miserias
Portal oscuro.

Temprano se cierran las puertas
banquetas con aire triste
plazas sin palomas y cantera ensangrentada.
De pronto tengo fiebre
me detengo a mirar el vacío
trapecio de aquel circo
barrio lleno de risas.

Entonces risa quería decir calle
juegos infantiles
tarde de encantados
cuerda que brinca y brinca
banqueta y campanadas de regreso a casa.
La fiebre insiste.
Asombrada,
me detengo en una esquina
siento una presencia extraña.

Si eres una constelación de estrellas
si eres un pequeño animal de mar
que baila con las sirenas.
¿Cómo es que paralizas?
¿Cómo haces para provocar el miedo?
Terror que corre en reversa
que invade como raíz
tentáculos sin aire
helecho marchito en la floresta.

Te vi como una estrella
átomo duro y frío
ya eras parte de mí
farol colgado en mi seno.

Colinas de azúcar
alcatraces de néctar y rocío
con los que amamanté a mis muñecas
gemelas que sostienen mi cuerpo
colinas de algodón y de caricias.
Sería por su belleza
por su simetría perfecta.
No lo sé,

Pero convocaron al señor del horóscopo
bocado de hormonas negras
dispuestas a invadir mis aldeas.

Estás ahí
cometa que baila con la velocidad del fuego
en mi azorado firmamento.
Paredes blancas
inyecciones de líquidos inciertos
mujeres en bata.

Y mi cuerpo que se entrega
ante el señor de los tormentos.
La moneda está en el aire
una vida ya vivida
una muerte que ya espera.

Llega a mi ventana abierta
esa paloma llena de mensajes.
Corazón compungido
y el miedo como hachazo
como torrente sanguinario
paraliza las rondas cotidianas
rompe los cristales de una tarde
noctámbulo, abre los ojos con su insomnio.

Aquí estoy
en cruz me entrego.
Dejo mis libros y mis versos
recojo las lunas de octubre
los rayos de luz roja
cascada triste en el suelo.
Un seno partido en gajos
naranja de mi patio
pedazos de colina ya marchita
cono de arena movediza
donde un cangrejo mustio se esconde.

Líquidos ambiguos
corren por mis venas, las marchitan.
Pero los claveles rojos poco a poco responden,
se defienden.

Puntos de luz
carrusel de estrellas.

Me resisto con todas mis fuerzas
Ruego a todos mis ancestros
Busco ángeles de colores
Atravieso barandales del tiempo
Me hinco en la soledad de mi alcoba triste,
Y rezo.

¿Por qué no esperas un poco? Te ruego
Muerte estás ahí. Lo sé.
Déjame caminar descalza
Déjame dar otro paseo
Estoy en tus manos. Lo sé.
Dame un pedazo de tu lienzo
Dame las alamedas del río
Déjame pasear en tren
por las orillas de tu mundo.

Tú llevas la carreta. Espera, espera.
No cierres mi candado todavía
Déjame abrir el diccionario
Tomar un vino añejo y desvelado
Buscar tu historia antigua
Y escribir un último poema.

Te entregaré mis cenizas
polvo de viejos polvos
prenderé el incienso de mi oscuridad
y descalza buscaré el menguante de mi luna nueva.

María Socorro Soto Alanís (Durango, México). Estudió ingeniería y Ciencias Políticas. Ha tomado varios diplomados. Ha publicado: *En estos días, Desnuda en el Viento, Fin de Milenio, En el día tercero se hizo el agua, Un mediodía de enero, Sor Juana: Virgen guerrera y Cuentos del norte.* Ha sido Presidenta de la Sociedad de Escritores de Durango.

Waldo Leyva

Cuba

A modo de elegía

No puedo evitar que me sorprenda esa costumbre
nuestra: dar de beber primero a los ausentes.
No se trata de convocarlos a la fiesta,
ni tampoco es un ritual de la memoria.
Los muertos beben solos.

A medida que los años pasan
el silencio sin ruido, ayer imperceptible,
empieza a acompañarnos,
a dejar su huella sobre las sábanas,
a sustituir con nuestro rostro la cara del amigo.

Ayer, mientras descorchaba mi añejo de reserva
para brindar por la llegada de otro año
supe, sin duda alguna,
que debía mojar un rincón de la casa.
¿Para quién era el trago? ¿A quién debía evocar?
¿Acaso a Luis, muerto a los treinta y dos años
cuando la poesía empezaba a crecer
en su garganta y le dolía en el costado
ese *escuálido y turbio ángel del desamor*?
¿Tal vez a Wichy el Rojo, quien seguramente
continuará en su eterno retornógrafo,

dialogando con Tristan Tzara
o con Guillaume Apollinaire, el soldado polaco
de sus versos?

Los muertos beben solos, me repito,
pero voy con la botella
hasta el rincón más íntimo de casa
donde Ángel Escobar, sudoroso y suicida,
masca alucinado hojas de curujey,
pide al *alcor funesto* que *aparte a los forenses*
y sigue diciéndonos, para que no lo olvidemos,
…moriré/ solo de mí: no llevo un clavel rojo
en la solapa, no puedo sonreír:
alguien siempre dispara
su pistola en medio del concierto…

Los muertos beben solos, insisto,
y el ámbar del añejo deja en el aire breve
una línea sin origen ni fin donde Raúl,
desde su enorme silencio, aparta la vieja pistola
de su animal civil y dice a Gelsomina:
Ven… a ver al niño enfermo
que allí en su lecho abandonado yace...
mientras Ignacio Vázquez se pone el pecho
de Sor Juana para decir los versos que le dicta
su esquizofrenia contagiosa.

¿Dónde está Juan Puga? Lo busco por la casa
y vuelvo a mi balcón pero en esta noche de diciembre
no están los flamboyanes florecidos
ni puedo intuir los almendros agrestes de su tierra.
¿Será cierto lo que una vez le dije:
empiezas —y eso duele— a ser olvido?
No tengo Pacharán, querido hermano, pero te ofrezco
este trago de ron. ¿Lo compartimos?

Los muertos beben solos
le digo a los que esperan y ríen satisfechos
sin sospechar que alguien los va a evocar mañana
derramando licor por los rincones.
Naborí ya lo dijo recordando a Simónides de Ceos
Arrobados de sueños y paisaje

creemos infinito nuestro viaje
pero ¡ay!, el viaje es demasiado breve.

Hay muertos más recientes, muertos
como Jesús Cos Causse que se llevó algo de mí, raigal,
aunque dejaba, *detrás de cada verso algún ruido del corazón.*
Negro, brindemos por Nilda Arzuaga;
no sé si ella, en algún sitio del Planeta,
se acuerda de tus versos, de aquella noche cómplice
junto a la ventana de Luz Vázquez
pero vamos a repetirlos tú y yo para que los oiga
donde quiera que esté.
Mañana la historia
le pondrá un rostro extraño
a nuestro amor y nuestras cartas serán leyendas
para los poetas de entonces.
Uno no sabe nunca en qué amor acabarse, en qué
salto cruzar las cenizas.

Hay muertos más recientes, lo repito,
muertos que nos dejaron definitivamente huérfanos.
Pienso en Joel, en su ternura brusca,
en su cortante lucidez, en su diálogo intacto con los *loa*
buscando una explicación para sí mismo,
para nosotros, para esta Isla entrañable que nos duele.
¿Encontraste al *Bon Dieu* hermano?
No tengo el preparado de aguardiente
con las yerbas de monte pero bebe, bebe conmigo
este añejo hecho con las mejores aguas de la tierra.

Sensación

Siento un frío curioso
que me invade,
un sopor paladeable,
una especie de vértigo
tranquilo que me arrastra
sin susto hacia la sima.
¿Será acaso el final?

¿Esa música leve
es el rumor de la Laguna,
de sus aguas sin peces,
o el batir impostergable
de los remos?
No sé por qué pero pienso
en los ojos del gato,
entro por sus pupilas
como si mi cuerpo
escapara, dividido,
por rutas paralelas.
Me deslizo por las márgenes
de un cristal inacabable,
húmedo, frontera transparente
que reproduce,
como un espejo,
mi cuerpo doble y único,
mi cuerpo que cae
al recinto
donde se borraron
los límites de la luz
y la sombra,
a la región del silencio
inaudible,
donde desaparece
la memoria.

La eterna disputa

He vuelto desde un sitio del que nadie regresa,
no sé si fui empujado o decidí esa ruta,
probé todas las aguas y deseché la fruta
que me ofreció el barquero con tanta gentileza.

Cuando emprendí el camino, llevaba en mi cabeza
la fiebre inmemorial de la eterna disputa
entre el ser cotidiano y esa idea absoluta
que asume muchas formas y en ninguna se expresa

mejor que en ese viaje hacia un tiempo sin fondo,
hacia el silencio puro y el vacío más hondo
que pueda imaginar la conciencia del hombre.

Yo toqué ese silencio, su densidad, su frío
y conocí al barquero y hasta el agua del río,
pero soy incapaz de pronunciar su nombre.

Waldo Leyva (Cuba, 1943). Poeta, narrador y ensayista. Autor de más de 15 libros de poemas. Ha sido merecedor de los premios Rafael Alberti, en 2010 por el conjunto de su obra, Casa de América, en ese mismo año, con su libro de poemas *El rumbo de los días* y el premio Víctor Valera Mora que entrega el Centro Rómulo Gallegos y el Ministerio de Cultura de Venezuela, con su libro *Cuando el cristal no reproduce el rostro*. Ha sido traducido al inglés, alemán, francés, ruso y otros idiomas. Posee las Distinciones por la Cultura Nacional y Alejo Carpentier, entre otros reconocimientos nacionales e internacionales.

Xavier Oquendo

Ecuador

La Posta

Para
Alfredo Oquendo Aguinaga,
mi padre, que se fue, pero sigue…

Dios fue papá. Y fue hijo de sí mismo.

Se defendió de su Cristo
y huyó al cielo
con su epidermis dolida.

Caín, Abraham e Isaac fueron padres.
Luego, sus nietos
fuimos más
–otra vez y para siempre–.

Nos fuimos haciendo sementales del amor,
del dolor
y de la muerte.

Fuimos comprendiendo
en el caparazón del sexo
a la naturaleza arbitraria
que entrega la cartografía
para el uso de la paternidad.

Allí estábamos los recién estrenados,
enamorándonos de lunas sensuales,
siendo parte del ecosistema,
saltando hacia el instinto del amor
como una gacela hambrienta.

Estábamos a un paso de ser espermatozoides
con alma y cuerpo y porvenir
por llegar y por ser.

Entonces,
como si fuésemos dioses azules
que van de la mano con Parménides
nos vinculamos
con los nuevos delfines que la mujer
regala en la poesía
de su vientre doble,
–primavera inusitada
que se inicia con la flor
y deviene siempre en fruto mágico–.

Allí el llanto con que llega
el hijo de Maquiavelo,
el nieto de Shopenhauer
que vendrá a sufrir y
que tendrá tus ojos
para llorarse. Pero también
criará tus cuervos
para amarse.

Seremos padres
y crearemos el árbol genealógico
de la una rama al nido,
donde el alpiste fue un largo pan
que no tiene miga.

La pájara y su consorte
harán que el huevo evolucione,
en el nido del desasosiego.

Dejaremos de ser hijos
de casi todo.
Pasaremos a ser padres
de casi todo.

Los padres buscarán
en sus hijos las arrugas,
fabricarán respuestas
para buscar el camino.
Recontarán los hechos:
se hará justicia sobre Caín,
se tramitará el salvo conducto
de Abraham
con algún cordero
que acompañe al sol
de su soledad.

Que nos regrese a ver
algún abuelo natural
y que envidie nuestra voz de motor
con caballos de fuerza.

El padre se verá halagado
por otro padre mayor
que en vano esperó en el hijo
su reflejo blanco.

Éste es un nuevo espejismo:
el hijo será una roca
y el padre tan solo,
el color de la piedra
y el viento que hace la piedra.
Y su sabor a nada.
Su sapiencia de piedra.
Y su versado conocimiento
sobre lo que es una piedra.
Porque piedra de padre eres
y en la piedra donde edificaré mi templo
te convertirás.

Papá hizo el mundo en pocos días,
pero luego se arrepintió.
Buscó incluir al hombre y a los vientos.
Le puso corazón de miel a las abejas
y en el panal estaban todas sus palabras.

Papá le dio a mamá sus circunstancias
y luego nos borró el grito
con el grito mismo. Con su grito mismo.
Y con ese algo más
que sabe a fruta.

Somos animales que mentimos.
Amamos menos que una mantis religiosa,
menos que un corazón de buey
que no se estrena.
Menos que un venado
al que le explota el corazón.
Menos que esa luz
que está brillando
en cualquier alameda.

Papá usaba al hijo como al río
y nunca ha naufragado
en sus aguas secas.

Ahora padre yo. Y padre solamente,
sin haber actuado en parricidios.
Que no he sido Abraham
y no he visto el cordero del padre
ni el hijo del cordero me ha contado
las costillas del corazón.

Papá me habito.
En padre me convierto y me persigo.
Papá me voy viviendo.
Papá me soy. Me meto. Me retengo.
Papá surjo. Padre estoy
de tarde, de mañana.
Papá duermo
y me desvío en la picada.
Papá me acelero y me distraigo.

Padre seré y fui hijo de padre verdadero.
Soy el espíritu santo del padre
que me hice. Del padre que seré.

Tarde o temprano
seré padre de mi padre.
Me acercaré al lado próximo de su sombra
y comenzaré a renacer en su mundo de armas.
Manipularé la figura de sus genes.
La razón de su causa y el efecto
de sus circunstancias.
Aprehenderé de sus ramas
y del fruto azul que encaja en sus raíces.

Mis hijos tienen
del abuelo del abuelo del abuelo.
Se dibujan en su sombra y en la mía.
Buscan en su padre a todos los hijos
que hoy hacen de papá de todas las sombras.

Mis hijos que son padres en el llanto,
que nacen siendo padres y se ubican
en el hecho de ser padres de sus padres.

Allí los veo venir desde todo desembarco.
Desde que Dios padre quemó sus naves.
Desde que Dios hijo no fue padre
y se fue estéril por el mundo
como un helecho oculto a la fotosíntesis.

Aquí ya estamos todos. Tan reunidos
como una huerta que se absorbe
en una rosa.

Aquí el hijo del padre. Y del venado viudo
que no pudo ser padre
en su sombra de cuernos.

Mis hijos ya se van haciendo hijos
de ellos mismos. Ya rompen los diques.

Son padres de sí mismos. Y de su padre.
Y de la sombra sonora de mi padre.
Son abuelos. Hijo del polvo eres
y del polvo convertido en hijo
Y del padre hecho arcilla.
Con el polvo que soy fueron mis hijos.
En mis abrazos. En mi mística. En mi llanto.
En mi consejo sostenido en el silencio.
En mis acuerdos. Mis sonidos. Mis torturas.
En mi lugar. En mi no personaje.

Así se componen los hologramas del tiempo
donde el hijo hace su contexto
y donde el padre vive en una ostra.
Y vuelve. Y vibra. Y se enquista. Y se puebla.

Donde el hijo es uno. Y es el creacionismo.
Y es la ruta. Y es Huidobro.
Y es la roca que se mira.
Y es el fondo que surge. Y es el pozo.
Y es la risa.
Y no hay lugar para retroceder.

Vida eres
y en vida te convertirás.

El hijo soy yo. Y es mi hijo el padre que soy.

Luego de ello solo está el sol
Y está allí para cambiar.
Y aquí estamos nosotros
para enseñarle
que hay otra calentura en este mundo.

Xavier Oquendo Troncoso (Ecuador, 1972). Ha publicado nueve libros de poesía, entre los más importantes: *Después de la caza* (1998), *La Conquista del Agua* (2001), *Esto fuimos en la felicidad* (2009), *Solos* (2011) *y Lo que aire es* (2014), además de los libros recopilatorios *Salvados del naufragio* (2005), *Alforja de caza* (2012), *Piel de náufrago* (2012) y *Mar inconcluso* (2014).

Yamilé Paz Paredes

México

Puerta al vacío

Eres un Dios perverso
que te ensañas con esta pobre nada
roída de dolor hasta la médula.

Doy un paso y tropiezo
intento caminar y caigo
voy hacia el potro del tormento
retrocedo
me hundo
en la desesperanza.

No hay opción de caminos.

Dios retorcido y cruel
devastador es tu ojo

aprietas la cuarta y quinta vértebra
sobre la médula espinal,
cierras el cerco alrededor de ella
comprimes
como lazo de ahorcado.

Allá adentro
se oye el bramar
soterrado
desmadejando las cuerdas de la voz

La soledad
me tapia las entrañas
y cuando digo entrañas, por supuesto,
hablo del corazón.
mi negro corazón de hiel negra
mi amargor solitario

El amor ya no sirve
no está a la mano
no lo puedo apretar con mis dedos
se escurre como molusco líquido

Mi voz trastabilla como todo mi cuerpo
no distingo
Necesito encontrar una puerta al vacío
para que el mismo salto
me devuelva
el sentido de mi opaca existencia

Será un salto de circo
con tambores y bandas
un salto que me haga recobrar
la alegría de vivir
para decir valió la pena.

Alucinadamente inmóvil

Sé que cuando la lenta marcha
del desamor termine
mi pecho se irá llenando
de agujeros azules
por donde el viento
arrastrará sus mariposas
y que en mi corazón

crepitarán las larvas
como negras erratas del deseo.

Sé que no tendré
ni un ojo de ternura
ni la pasión que enreda
y desenreda
el ovillo del fuego recurrente
ni el silencio voraz de un espejo
que repite
y repite
hasta el grito
el lúbrico susurro del lenguaje nocturno
–Otros transitarán la medianoche
recogiendo panecitos de amor
tretas del horno–
Sé que podré evocar antiguos escenarios
como máquina ciega
desmontar las palabras
el complejo andamiaje
y oír indiferente la lengua espesa y torpe
que recorre lasciva
la abierta desnudez de la memoria.

Más hoy la rueda gira
desde el ojo desmesurado y ciego
gira
el calizo contorno de una lágrima
gira
la rueda
alucinadamente inmóvil
–Ninguna fotografía del Sena
ninguna constancia de la desconocida
que reingresa a las aguas–
Desde el fondo
de una múltiple pesadilla de espejos
vendrá la rueda del desamor
con sus dientes malditos
transformando las sombras.

Como un rascacielos de mil pisos
hundiéndose en la náusea

como un tifón de voces
en la noche implacable de las fieras.

Con el último giro
lentamente
caerá la dentellada final de los engranes.

hasta que uno termine
cara a cara
frente al hocico hambriento
del silencio.

Ritual gris

Tomo
mis manos
aprieto sus muñecas
las corto
las meto en el arcón
las clavo

para que no se vayan
otra vez a la calle
con mi llanto.

Punto final

Cerraste

todas las puertas
al salir

y mis palabras quedaron
como fotos

de bruces contra el muro.

Yamile Paz Paredes (México, 1946). Poeta, licenciada y maestra en Literatura por la UNAM. Cuenta con diversos libros de poesía como *Fuego sordo, Dialéctica del insomnio, Como negras erratas del deseo*. Ha colaborado en diversas revistas como *Anuario de Bellas Artes, Pájaro Cascabel, Nivel, Plural, Alforja* y en suplementos culturales, periódicos y antologías de México y del extranjero. Premio de Poesía Plural 1985. Mereció un homenaje Nacional en Oaxaca y Bellas Artes.

MUERTE
Y POESÍA

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.